

EL ERUDITO JUAN LUIS ROCHE,
EPIGONO Y PROPAGANDISTA DE FEJOO
EN PUERTO DE SANTA MARIA

Por Michael DUBUIS

Durante el primer Simposio Feijoo, fueron objeto de una comunicación del Sr. Glendinning las reflexiones del P. Feijoo ante el terremoto de Lisboa (1). Hoy dedicaremos nuestra atención a un erudito olvidado, Juan Luis Roche, quien fue el primer editor de las cinco cartas en que Feijoo intentó responder a las preguntas científicas y morales que acababa de plantear aquella catástrofe, ocurrida el 1º de noviembre de 1755. Habían sido escritas las cuatro primeras, entre el 19 de noviembre de 1755 y el 13 de enero de 1756, para un D. José Díaz de Guitián, de quien sólo sabemos de momento que era «residente en la ciudad de Cádiz»; la quinta, de contenido más bien moral que físico, iba dirigida, en 25 de enero de 1756, a D. José Rodríguez de Arellano, canónigo de Toledo, «en respuesta de otra erudita (histórico-moral)», como reza su título en el tomo V de *Cartas eruditas*, en que volvieron a publicarse después de muerto su autor (2).

El título mismo de *cartas* sugiere que buena parte de la obra de Feijoo se funda en un intercambio de preguntas, respuestas, informaciones y sugerencias entre él y distintos correspondientes demasiado alejados para que entablara con ellos aquellas conversaciones que pudieron trabarse en su celda y tener sus reflejos en sus obras. El haberse publicado ya separa-

(1) GLENDINNING, Nigel, «El P. Feijoo ante el terremoto de Lisboa», en *El Padre Feijoo y su siglo*, Cuadernos de la Cátedra Feijoo, vol. 18-II, Oviedo, 1966, pp. 353-365.

(2) Las cartas XXV a XXVIII, dirigidas a Díaz de Guitián; la XXIX, a Rodríguez de Arellano (que más tarde fue obispo). No figuran en la primera edición (1780), sino en la de 1785 (cf. GLENDINNING, p. 354, n.4). En adelante, designaremos las *Cartas eruditas* con C.e. y el *Teatro crítico universal* con T.c.u.

damente las cartas a ellos dirigidas quizás fuese el motivo para que Díaz de Guitián y Rodríguez de Arellano se salvaran del anonimato en que han quedado los más de aquellos correspondientes. Antes de que se recogiesen esas correspondencias en sucesivos tomos de *Cartas eruditas*, iban circulando entre sus admiradores, ora las copiase el destinatario para sus amigos, ora incluso las comunicase el mismo Feijoo. Ello es que Roche, tal vez porque acababa de publicar en Puerto de Santa María, una *Relación del terremoto* que había atraído la atención del público culto, tal vez porque ya conociese a Díaz de Guitián, leyó muy pronto las cartas de Feijoo y sintió la tentación de publicarlas. Estaba el mismo D. José Díaz por darlas a la prensa, cuenta Roche, «cuando noticioso del propio intento que yo tenía, y del favor que debo al Autor, recogió los originales y me cedió de su parte esta honra»(3).

Existiría, pues, en Cádiz y sus contornos, un mundillo de admiradores del pensamiento y de la personalidad de Feijoo, entre los que descollaría Juan Luis Roche por el prestigio que le darían relaciones particularmente notables, y conocidas de muchos, con el maestro de Oviedo. Ningún testimonio nos da Roche sobre la existencia de tertulias, en Puerto de Santa María o en Cádiz, en las que pudo haber tomado parte. En aquel círculo, tal vez informal, al que la lectura de Feijoo alentaba en sus curiosidades científicas, debió de producir el terremoto una gran efervescencia intelectual, de la que fueron testimonio la carta de Díaz de Guitián a Feijoo del 4 de noviembre, motivo de sus respuestas (4), y una carta de Roche, concluida el 12, para la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Feijoo y las Academias, he aquí dos polos primordiales de animación de la vida intelectual y literaria en España durante el siglo XVIII, especialmente durante una primera parte que podemos alargar hasta el advenimiento de Carlos III, o, de una manera más adecuada a la historia literaria, hasta la muerte de Feijoo en 1764.

Refiere Roche que «un caballero distinguido», el marqués de Villapanés, D. Miguel Andrés Panés y Pabón, le pidió su carta a la Academia para darla a la prensa. Arreglada y moralizada para entregarse al público,

(3) *Nuevo Systhema, sobre la causa phisycá de los Terremotos, explicado por los phenomenos electricos, y adaptado al que padeció España en primero de Noviembre del año antecedente de 1755*. Su Autor, el Illmo. Y Rmo. Señor Dn Fray Benito Geronimo Feijoo.... dedicado a la muy erudita, regia y esclarecida Academia Portopolitana. Por Dn Juan Luis Roche, Academico de Erudición de la misma Real Academia Portuense Socio honorario de la Regia Sociedad de Ciencias de Sevilla, Academico de la Real de Buenas Letras, y residente en la Ciudad y Gran Puerto de Santa Maria, en el Gremio, y Universidad de mareantes, y Cargadores a las Indias. Con licencia. Impresso en el Puerto de Santa Maria, en la Imprenta de la Casa Real de las Cadenas. Año de 1756. «Prólogo apologético», núm. 35.

(4) «Señor y dueño mío: La de Vmd. de 4 del presente, con la adjunta descripción del terremoto que se padeció en esa ciudad y país, recibí ayer 18 del mismo». FEIJOO, C.e., t. V, c. XXV, núm. 1.

se leyó en la Academia, impresa ya, en 12 de diciembre (5). Entre Roche y el marqués, vecino el primero de Puerto de Santa María y el segundo de Jerez, nos consta que mediaron relaciones de confianza, explicables en parte por la amistad que unía a Roche (además de unas probables relaciones económicas) con la familia de Vizarrón, una de las más principales del Puerto, y especialmente con Doña Clara, viuda de don Pablo Miguel, de quien era yerno el marqués (6), cuyo sucesor en el título, su hijo D. Miguel María, fue personalidad destacada de la Sociedad Económica de Jerez. Entre D. Miguel Andrés y Roche nos es lícito suponer una común curiosidad intelectual, pero, a falta de datos concretos, no nos es dable sino imaginar un común interés por la obra de Feijoo. En el deseo de Roche, de publicar las cartas de Feijoo, influirían el éxito de su propia *Relación* (publicada primero como anónima, con sus iniciales: D.J.L.R., pero luego reimpressa con sus nombres y apellido), y seguramente la novedad de las hipótesis de Feijoo, fundadas en la analogía que le parecía encontrar entre la prontitud de propagación de la onda sísmica y la rapidez de transmisión de las sacudidas eléctricas, las respuestas que daban esas hipótesis a las preguntas que el propio Roche se hacía, y por fin la libertad de reflexión de Feijoo con respecto a las teorías aristotélicas, pues aquellas cartas, dice el Sr. Glendinning, «vinieron a ser armas importantes y valiosas en la lucha continua contra los peripatéticos en España» (7).

* * *

Pero, ¿quién era Juan Luis Roche? En la portada de sus obras, se presenta como individuo del «Gremio y Universidad de Mareantes y Cargadores a las Indias». No era de los más acaudalados, pero tenía bastantes

(5) Según ROCHE, Juan Luis, *Gratulatoria leída en 28 de noviembre de 1755*, Archivo de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras (que llamaremos en adelante RASBL), Mss. 25-2-1 (Archivos de la Academia, t.V), f.º 47 v.º. Había sido recibido como honorario en 14 de noviembre (*Memorias literarias de la Academia Sevillana de buenas Letras*, Sevilla, 1773, p. LXXXV). La *Gratulatoria* está fechada en 23 de noviembre. En el folio 51 del tomo citado, un ejemplar de *Relacion, y observaciones físicas-mathematicas, y morales sobre el general Terremoto, y la irrupcion del Mar del día Primero de Noviembre de este año de 1755: que comprehendió a la ciudad, y gran Puerto de Santa María, y a toda la costa y tierra firme del reyno de Andalucía. Es una carta que escribió D.J.L.R. a las muy ilustres, y Reales Academias, de que logra ser correspondiente, y miembro honorario, etc.*, y la da a luz en honor de las Buenas Letras, y memoria para la historia, el Sr. D. Miguel Andres Panés y Pabón, Marqués de Villa Panés, ... Con Licencia: Impresso en el Puerto de Santa María, por Francisco Vicente Muñoz, Impressor Mayor de esta Nobilissima ciudad, en la calle de Luna, donde se hallará. La segunda edición, en formato más pequeño, i.e. en 4.º, está dedicada a la Academia de Buenas Letras; se indican los títulos de Juan Luis Roche, ya no hay mención del marqués, y la imprenta es la de la Casa de las Cadenas; la fecha: 1755. Un ejemplar en la B.N. Madrid, sign. R. 1710.

(6) Cf. Poder de D. Miguel Andrés Panés y Pabón, marqués de Villa Panés, a D. Juan Luis Roche, para cobrar una deuda de D. Manuel Villabona. Jerez, 31-X-1788. Archivo de Protocolos de Puerto de Santa María, Libro de 1789, f.º 279 v.º. tb. Recibo y carta de pago..., 4-XI-1789, ibid., ff. 281-284. Sobre el título y la familia de los marqueses de Villapanés, v. *Catálogo alfabético de los documentos referentes a títulos del reino y grandezas de España conservados en la sección de Consejos suprimidos*, Patronato Nacional de Archivos Históricos, t. II. Debí de morir el marqués a principios de 1780, pues le sucede su hijo en marzo. Este, D. Miguel María, fue director de la Sociedad Económica de Jerez de 1788 a 1808; ver RUIZ LAGOS, Manuel, *Historia de la Sociedad Económica de Amigos del País de Jerez de la Frontera. I. Introducción...*, Jerez Centro de Estudios Históricos Jerezanos, 1972, y *Tareas de la Sociedad Económica de Amigos del País de Jerez de la Frontera*, Jerez, CEHJ-CSIC, 1974.

(7) *Loc.cit.*, p.382.

recursos para darse el gusto de costear la impresión de sus escritos y hasta de los ajenos, como hizo con las cartas de Feijoo. Casi se siente el deber de publicar, para compensar la falta de recursos económicos de los ingenios españoles: «Por eso», explica, «el que tiene alguno (caudal) se halla más empeñado a suplir esta falta, siguiendo el consejo de San Agustín a Consencio, a quien decía el santo tomase la pluma y escribiese, pues tenía caudal para hacerlo» (8). Su correspondencia con fray Martín Sarmiento, que nos dio ocasión para trabar conocimiento con él, nos le muestra, en 1748 y 1750, interesado en comprar libros: sea libros científicos, como las *Observaciones astronómicas y físicas* de Jorge Juan, hechas en colaboración con Antonio de Ulloa (Madrid, 1748), un *Ensayo sobre la electricidad de los cuerpos*, traducido del francés por un D. José Vázquez (es decir el *Essai sur l'électricité des corps* que el abate Nollet había publicado en 1746 y cuya traducción dio ese Vázquez y Morales en 1747, lo cual demuestra que en España había quienes siguieran desde bastante cerca la actualidad científica europea) (8 bis), los *Diálogos físicos* del P. Regnault, es decir, sus *Entretiens physiques d'Ariste et d'Eudoxe, ou Physique nouvelle en dialogues* (varias ediciones a partir de la de París, 1729), obra de vulgarización a la que se refiere Feijoo en varias ocasiones, dándole el título que indica Roche; también el *Viaje del mundo de Descartes* del P. Daniel, que ya mencionaba Feijoo en el segundo tomo de *Cartas eruditas* (1745, carta XVI) (9); pide obras de erudición, como los doce tomos de la *Historia del Pueblo de Dios*, del jesuita francés Berruyer, que se acababa de publicar en castellano (Madrid, 1746-1748), y que ya tenía en francés sin haberla leído; la *España sagrada* del P. Flórez (con cinco volúmenes ya publicados en 1750), tal vez porque acababa de dedicarle Feijoo una *carta erudita* del tomo III; las *Memorias eruditas* de Martínez Salafranca (Madrid, 1736 - «este libro que no he leído, tiene un título que arrebatará a cualquiera», comenta); unas *Cartas de varios discretos españoles*, de Mayáns, que no serán las *Cartas de D. Nicolás Antonio y de D. Antonio de Solís*, etc... (Lyon, 1733), pues dice que ya las tenía, sino las *Cartas morales, militares, civiles i literarias* (2 vol., Madrid, 1734-1736); siente interés por la *Poligrafía española*, obra de paleografía compuesta por Cristóbal Rodríguez y publicada por Nasarre en 1738 (pero está muy cara y duda en comprarla), y por las *Empresas* y la *Corona gótica* de Saavedra Fajardo; pide obras morales, como el *Índice de la filosofía moral cristiana* del P.

(8) ROCHE, *Fragments curieux, et erudits de quelques ingenios modernes en que se expose una crítica universal en todo genero de materias*. Dedicados al Em^o Señor cardenal de Solís. Escritos por Don... Tomo segundo. Segunda Impression. Con privilegio: Impresso en el Puerto de Santa María, en la Imprenta de la Casa Real de las Cadenas. Año de 1758. B.N. Madrid, sign. 8-1-732. Otro ejemplar en RASBL, 19-6-20. D. Francisco González de León, aprobante de sus *Nuevas y raras observaciones* (1761), alaba «el modesto título de *Fragments literarios*». Claramente inspirado en los de las obras de Feijoo, este título, salvo la voz «Fragments», nos parece ambicioso; el contenido es variado más bien que universal. El tomo primero es el que lleva el título de *Dissertation Médica-moral*. Si es cierto lo de «segunda impresión», significaría que tuvo buen despacho el volumen. La referencia a San Agustín, no hemos podido comprobarla en la carta a Consencio.

(8 bis) FEJOO, ulteriormente, alaba, como Roche, la traducción de Vázquez: «Está tan bien puesto en nuestro idioma, que creo que para nada nos haga falta el original francés (C.E., t. IV. c. XXV).

(9) La primera edición española, en Madrid, 1734-1736. La segunda en Salamanca, 1742.

Antonio Codorníu, jesuita (Gercna, 1746), o las *Molestias del trato humano*, del benedictino Juan Crisóstomo de Olóriz (Madrid, 1745); obras de gramática, como la *Ortografía española* de la Academia (1741), y la *Gramática lacónica, o epitome de la lengua latina*, de Ignacio del Campo (9 bis); en 1750, siente curiosidad por la *Vida* de D. Diego de Torres (1743), pero sobre todo le interesan los libros de medicina: en 1748, la *Palestra crítico-médica* del P. Rodríguez, cisterciense (Madrid, 1735), que Feijoo había defendido por compromiso más que por convicción en el primer tomo de *Cartas eruditas* (10); el *Uso y abuso del agua* del Dr. D. José Ortiz Barroso (Sevilla, 1736), muy encomiado por Feijoo (11); *El mundo engañado por los falsos médicos*, a cuyo autor no nombra, seguramente por ser muy conocida esta obra del Dr. Gazola, traducida del toscano por Mayáns, y que tuvo varias ediciones desde 1729 (12); la *Medicina escéptica* del Dr. Martínez (a quien había defendido Feijoo, como se sabe, en el primer tomo del *Teatro crítico*), probablemente porque acababa de reimprimirse en 1748; las *Noches anatómicas, o Anatomía compendiosa*, del mismo Martínez (Madrid, 1716; habían de tener nueva edición en 1750, año en que Roche las vuelve a pedir); en 1750 encarga un *Papel respuesta del Doctor D. Pedro Lorente a la pregunta de porqué siendo el regular domicilio de las lombrices el canal intestinal comúnmente producen picazón en las narices* (respuesta publicada en 1727 a una pregunta de los médicos de la congregación de Nuestra Señora de la Esperanza, futura academia de Medicina); un *Tratado del dolor cólico y su curación* (Madrid, 1737), del médico Francisco García Hernández, y, del mismo, otro de *las fiebres malignas, con su apropiada curación* (Madrid, 1747), un *Nuevo discurso de la generación de insectos, hombres, plantas y animales*, y un *Discurso de la alma brutal* (Madrid, 1750), cuyo tema excitaría su curiosidad, ya avivada por la carta XXVII del tomo III de *Cartas eruditas* (12 bis); por fin, pide *El mejor estilo de cartas escritas de uno de Cádiz a otro de la Corte* (13). También intentaba comprar una linterna de reverberación, y explicaba que, sin duda gracias al librito del abate Nollet, bien traducido en su opinión, había conseguido construir una máquina eléctrica («aunque me costó mucho trabajo», sus-

(9 bis) ...para prender con suma brevedad y componer y traducir con perfección latín (lo cual le convendría a Roche, deseoso de ahorrar tiempo). Hubo, pues, edición anterior a la única que indica Palau, de Madrid, 1787.

(10) C.e., t. I, c. XV. Cf. MARANON, Gregorio, *Las ideas biológicas del Padre Feijoo*, en B.A.E., t. CXLI, p. LXV: «He leído la *Palestra*,... y juzgo, «pues, por propia cuenta al afirmar su radical mediocridad».

(11) T.c.u., VIII, disc. X, «Paradojas médicas», núm. 153.

(12) Según MARANON, op. cit., p. LXXIV, n. 1, Feijoo «era aficionado» a la obra de Gazola y al estudio que hacía de los temperamentos. «Pero este Gazola era un cualquiera, y su librito, indigno de ser recordado como argumento científico», dice, impugnando a Menéndez Pelayo (*ibid.*, p. XXIII); y añade: «Comparar a Gazola con Feijoo toca en herejía» (*ibid.*, n. 18).

(12 bis) Cf. RICARD, Robert, *Feijoo y el misterio de la naturaleza animal*, Cuadernos de la Cátedra Feijoo, núm. 23, Oviedo, 1970.

(13) La correspondencia de Juan Luis Roche con Fr. Martín Sarmiento está en *Cartas originales de personajes y literatos al R. P. Fr. Martín Sarmiento*, t. I, Real Academia de la Historia, Mss. 9-29-1-5762, ff. 93 a 211. Listas de libros, en f.º 106 (corresponde a una carta de 19-VIII-1748, y hay adición, f.º 108), y f.º 211 triplicado (sin enumerar), que pudiera corresponder a la carta del 19-X-1750. Algunas que otra indicación, suelta, en otras cartas. Rodríguez, Olóriz, Daniel, Mayáns, Ortiz, Gazola, Martínez Salafranca, Juan, Martínez y la *Ortografía* corresponden a la primera lista.

pira, «el lidiar con los artifices») (13 bis). Años antes de que Walsh consiguiese una descarga eléctrica reuniendo el lomo y el vientre de un pez torpedo con un cuerpo conductor, intentó reducir la reacción de defensa de este animal a un fenómeno eléctrico, pero le fallaron los experimentos (14).

El censor de su *Disertación médica-moral* (Puerto de Santa María, 1757), D. Francisco Buendía y Ponce, médico y sacerdote, académico destacado de la regia Sociedad Hispalense, nos da de él la elogiosa semblanza de un erudito curioso, típico del siglo de los gabinetes de historia natural; el vocabulario mismo es característico: «El señor D. Juan Luis Roche se ha hecho tanto lugar entre los verdaderos eruditos, que sus escritos no se leen ya sin la aceptación de todos... Su correspondencia literaria y apreciable con muchos, dignos en todas líneas, sujetos de dentro y fuera de España, es bien pública. No menos lo es su selecta librería, que maneja con conocido aprovechamiento y en que se encuentra lo que basta, y aun sobra, para hacer ventajosos progresos, distinguiendo el oro falso del fino en toda clase de erudición amena. El delicado gusto y gran costo que ha tenido en conducir y formar las máquinas físicas, matemáticas y otras, con puntual conocimiento en su manejo, y aun añadiendo nuevas invenciones a su fábrica, ¿será creíble no sea sabido en un pueblo, en donde hay tanta afición a las letras, y que logra tan diario comercio con éste? El noble ejercicio de la pintura, la curiosa aplicación a la formación de un jardinito botánico, si hasta ahora no ha llegado a noticia de algunos, justo es se sepa son los quietes de su penosa tarea, recreos de su comprensión agigantada». Cuenta el mismo Roche a Sarmiento que su librería y su gabinete le atraían un sin número de visitas, no sólo de curiosos, sino de curiosas, que le estropeaban las máquinas y se llevaban sus libros, de modo que tuvo que ponerlos bajo llave: «V. Rma. está libre de tales langostas, que en chanzas o en veras no queda cosa que no me trabuquen, no me rompan, o no me lleven, mas que sean libros de distinto idioma, obligándome a tenerlos encajonados, hasta ahora que hice unos estantes con sus puertas vidrieras y sus llaves para preservar los libros de más estimación» (15).

Como un erudito no puede quedar aislado de la «República de las letras», Roche se cartea, pues, con sabios de España y de fuera. Es una lástima que su modesto orgullo no se haya atrevido a pasarles lista de una vez a todos ellos y tengamos que ir espigando por sus obras y correspondencia los nombres de unos cuantos: Gomes de Lima, uno de los fundadores de la Academia de Oporto; D. José Cevallos, canónigo de Sevilla,

(13 bis) *Ibid.*, 2-XII-1747, ff. 93-94. Pero la linterna resulta ser una «de las mayores maulas que he visto en mi vida. Ya la tengo arrumbada», añade, «porque ni es matemática ni corresponde a nada de lo que ofreció su autor» (8-IV-1748, f.º 103 r.º-v.º).

(14) 8-IV-1748, f.º 103. La demostración de Walsh se realizó en La Rochelle en 1773.

(15) 6-IV-1750, f.º 129 v.º.

erudito académico titular de la Sevillana de Buenas Letras y honorario de la Academia de la Historia; D. José Ignacio de Torres, médico del duque de Orleans y corresponsal de Feijoo en ocasiones; el Padre Maestro Balboa, benedictino, amigo del P. Sarmiento, con quien trabó conocimiento con ocasión de una visita que hacía por Andalucía; varios jesuitas que pasaban por Puerto de Santa María al llegar de América o al volver allá, entre ellos un Padre Alzugaray, peruano, tan aficionado a lecturas enciclopédicas y médicas que acabó padeciendo una como depresión nerviosa; un D. Luis Enrique García Lorenzana, joven guardia marina que estuvo en relaciones epistolares con Sarmiento y Feijoo, y pretendía saber de cartografía más que los profesores de la escuela de Marina de Cádiz; D. Pedro Solano de Luque, hijo del famoso médico. Había tratado al P. Murillo, jesuita, célebre autor de una *Geografía histórica*, cuyo suicidio, efecto de un trastorno mental, anuncia a Sarmiento en 18 de diciembre de 1753. Por Sarmiento y el librero Mena, intentó tomar contacto con Antonio María Herrero, autor de una *Physica moderna, experimental, systematica*, publicada en Madrid en 1738, y también coeditor del *Mercurio literario* entre 1738 y 1740 (carta del 27 de junio de 1751). No nos olvidemos de Buendía y Ponce, que fue secretario y vice-presidente de la Sociedad de Medicina y Ciencias de Sevilla. Excepcionalmente recibió Roche correspondencia de Torres Villarroel, deseoso de encajarle una suscripción a un ejemplar en papel fino de sus obras completas, y de hecho figura en la lista de suscriptores (16). Mandó obras suyas al duque de Medinasidonia y al conde de Aranda, fuese para darse a conocer, fuese para tributar su homenaje al ejemplo que daban aquellos dos aristócratas amantes de las letras, amigo de Sarmiento el primero, y habiendo pedido el segundo al mismo Sarmiento un informe sobre caminos (17).

En su laudatoria censura ya citada, entera Buendía y Ponce a los lectores de que eran muchos los que consultaban a Juan Luis Roche: «¿Y qué testimonio más auténtico de su extensa y sólida noticia, que el que pueden dar tantos que, a vuelta de correo, logran de contado la respuesta sobre los muy distintos asuntos que se le escriben? Esto es cosa de hecho... y... no pueden menos que admirarse cualesquiera, especialmente los que inmediatamente saben cuán otras y crecidas son sus ocupaciones diarias».

Remata el elogio Buendía y Ponce presentando a Roche como autodidacta que aprendió el latín por sí mismo: «Sube de pronto la admiración», escribe, «sabiendo lo que siempre ha recatado su prudencia, aun de los más amigos. De bien pocos años, sin maestro ni libro que aun le hubiese

(16) 23-V-1752, f.º 185 r.º.

(17) «Quedo celebrando la honesta y virtuosa aplicación a las buenas letras del S.º Duque de Medinasidonia dejándose cautivo y enamorado este señor que tan sabiamente se aparta de los vicios y se inclina a las virtudes para ejemplo de la primera nobleza de España», escribe el 20-IX-1751. Manda un ejemplar del *Nuevo Sistema* a Sarmiento para el duque de Medinasidonia en 3-VIII-1756 (f.ºs 202 v.º-203 r.º) y uno de la *Disertación sobre el limitado poder de los abortivos* para el conde de Aranda («si le parece» a Sarmiento-8-VIII-1757, f.º 207 r.º).

instruido en los primeros rudimentos del idioma latino, tradujo de éste al castellano, en verso corriente, de espíritu y concepto, los que en aquél han dado que trabajar a los hombres más santos y eminentes». El mismo Roche se enorgullece de contar entre «los Eruditos que no cursaron las Aulas», pero que «no carecen de los estudios de las universidades, que aprendieron sobre el bufete» (18). Cuenta al marqués de Villa-Panés, cómo, habiendo empezado a estudiar en un colegio (probablemente de jesuitas) (18 bis), le aburrió la lentitud del método de estudios y, dejando el colegio, aprendió el latín y otros idiomas por sí mismo a partir de los diccionarios —seguramente estudiaría el francés, pues tiene libros franceses y se dedica a alguna traducción—; únicamente con libros, se familiarizó con todas las ciencias en mucho menos tiempo del que hubiera gastado en la Universidad, y con mayor extensión, libertad y crítica: «Jamás estudié en escuela, ni en universidad alguna, ni he tenido el más mínimo maestro ni ayo para la más leve pregunta. Para todo he tenido oportunidad, y mis padres, que hoy viven, me lo facilitaron todo, y aun estuve bastante tiempo en un colegio; pero me horrorizó la brevedad de la vida, y el tiempo que en esto se consumía. Me afligió sobremanera, en aquella tiernísima edad, el mucho tiempo que gastaría en la gramática para poder entender la Sagrada Escritura: y por una determinada violencia, pude, con muchísima fatiga, entender medianamente aquel sagrado latín sin tomar libro alguno de gramática ni haber hecho la más leve pregunta. Acaso ésto fue lo menos que me sucedió entonces, pero ya voló aquella penetración. Del mismo modo comprendí después algunos otros idiomas, con sólo los diccionarios, y me instruí en todas las ciencias y artes, y prácticamente en muchos ejercicios, sin escuela, sin maestros, sin ayos, y aun casi sin libros ni tiempo. Las sùmulas, la lógica, la física y la metafísica, en sólo ocho días que tardé en leerla y reflexionarla, quedé instruido a fondo, y si lo duda Su Rma., puedo dársele testimoniado. Bien es, que después con nuevo estudio me ejercité en uno u otro asunto, acaso con más suceso que muchos que cursan las universidades» (19). Se comprende que Roche encomie lo que debió de ser —además de la voluntad— el resorte de sus esfuerzos, «la curiosidad, o deseo extraordinario de investigar una verdad» (20). En el siglo XVIII, la curiosidad ya no es una impertinencia, sino una virtud intelectual. Feijoo la llama «deseo de saber» (21). Nótese con cuánta energía Roche enfatiza esa expresión.

(18) «Carta a D. Miguel Andrés Panés y Pabón», en *Disertación...*, pp. 36 y 41.

(18 bis) Cuenta una anécdota de su niñez: el maestro era un venerable jesuita. «Respuesta a un zoquete avinagrado», núm. 7, en *Fragmentos*, pp. 284-285.

(19) *Ibid.*, pp. 42-43. La expresión «su Rma.» se refiere al Padre Cabrera, impugnante del *Nuevo sistema en Copia de la carta en que se manifiesta que la electricidad... no puede servir de fundamento para la divergencia de los terremotos*, y expositor del sistema aristotélico en su *Explicación físico-mecánica de las causas del temblor de tierra* (los dos, Sevilla, 1756).

(20) *Nuevas y raras observaciones para pronosticar las crisis por el pulso*, Puerto de Santa María, 1761, Prólogo, núm. 5.

(21) A falta de una referencia exacta, remitimos a BAE, t. 56, pp. 326b y 327a, donde Feijoo emplea en sentido equivalente «curiosidad» y «deseos de saber», y pp. 328b y 329a, donde se lee: «la curiosidad filosófica» y «una curiosidad filosófica de saber»; en 542a alaba «el natural apetito de saber» del hombre, para justificar lo que los escolásticos miran como «curiosidades inútiles» (541b).

Inserta en un escrito destinado a defender el *Nuevo sistema* contra un partidario de la física aristotélica, Fr. Miguel de Cabrera, mínimo, esta proclamación de independencia respecto a la enseñanza universitaria tiene sentido claramente antiescolástico. Afirma Roche que «son infinitos los que, sin haber estudiado en las Universidades, han sido capaces de toda Ciencia». Más prudente era el antiguo catedrático Feijoo: «No niego yo», decía, «que hay sujetos capaces de imponerse muy bien en una u otra facultad, y aun poseerlas ventajosamente, sin voz viva de maestro, mediante el mero auxilio de los libros; pero estos son '...Pauci, quos aequus amavit Jupiter'. Son muy pocos, son raros» (22). La reticencia de Feijoo es indirectamente elogiosa para Roche, a quien estimó bastante para llamarlo amigo. Este proseguía con apasionada agresividad, afirmando: «Todos los inventores de las ciencias y artes fueron capaces de descubrirlas, ilustrar al mundo y hacerse inmortales sin haber cursado las aulas ni estudiado la Lógica de Aristóteles. Hipócrates, Príncipe de la Medicina, y Homero, Príncipe de los Poetas, no la conocieron. La gran política del imperio de China y del Japón se maneja sin su noticia» (23). Como Feijoo, se vale del Extremo Oriente en comparaciones críticas con la realidad española de su tiempo; comparten ambos la curiosidad de su siglo por aquellas civilizaciones que alimentaron las reflexiones de los europeos, sobre la relatividad de las opiniones y de las costumbres (24).

Al estilo de las paradojas que plantea Feijoo para desterrar preocupaciones vulgares, y con tono perentorio de rebelde, declara también que «el Vulgo idiota... debe llevar por delante que cualquier persona que sea, aunque se halle empleada en un ejercicio útil a la República, puede ser un gran teólogo, un insigne filósofo, un consumado metafísico, un lógico sin segundo, y así de las demás ciencias que la vista relajada del vulgo supone solamente en aquellos que cursan las Aulas y llevan a mal que no esté estancada en ellas toda la ciencia del mundo». Más pausadamente señalaba Feijoo, entre las «causas del atraso que se padece en España en orden a las ciencias naturales», el recelo de los universitarios «contra toda literatura distinta de aquella común que ellos estudiaron en el aula» (25).

El único a quien Juan Luis Roche aceptaba llamar Maestro era a Feijoo. Su encuentro con el autor del *Teatro crítico* fue el remate y la consecuencia de su método independiente de estudiar, en el que también había encontrado su vocación de escritor, como él mismo lo cuenta: «Causándome gran fatiga sujetarme a la copia para habilitarme en la pluma, di en escribir lo que me ocurría. Asuntos morales, místicos, jocosos, poéticos y críticos fueron mi entretenimiento. Hoy vive, y está para vivir muchos

(22) C.e., t. IV, c. X, núm. 5 y 6.

(23) *Loc. cit.*, pp. 40-41.

(24) Cf. RICARD, Robert, «Feijoo et la Chine», *Les lettres romanes*, t. VI, 1952, pp. 287-299.

(25) ROCHE, «Carta a... Panés...», *loc. cit.*, pp. 35-38. FEIJOO, C.e., II, c. XVI (BAE, t. 56, pp. 543b-544a).

años, quien habiendo visto como otros parte de aquellos escritos, llegó un día muy contento a decirme que había visto unos libros que decían lo mismo que yo decía. Vinieron los libros, y me hallé con el *Teatro crítico*, que en tantos días como tomos componen esta otra, pude leer sin faltar a mis obligaciones. Resultó de aquí entregar al fuego aquellos escritos míos, infinitamente distantes de poder verse, a vista de aquella gran Obra: porque, remotos de toda erudición, solamente contenían unas desconfiadas reflexiones. Lo mismo hice yo con los ejemplares que se habían sacado, menos tal cual fragmento, que con dolor mío se conserva, y alguno se dio a la prensa. También se conservan los elogios que en aquella edad me enviaron algunos maestros célebres de las religiones» (26). Desde entonces fue Feijoo guía de sus lecturas: «He leído sus obras con el mayor cuidado», confiesa a Fr. Martín Sarmiento, «y tengo la mayor parte de los autores que cita, y citan sus émulos. Estoy bastante impuesto en casi todas las ciencias que en sus escritos se manejan...» (27). De hecho, como hemos visto, entre los libros que encarga a Sarmiento, varios se relacionan con temas tratados recientemente por Feijoo en las *Cartas eruditas*.

¿Cuándo le fueron reveladas a Roche la obra de Feijoo y las coincidencias entre sus propias investigaciones y la enseñanza del maestro de Oviedo? Pudo ser entre 1739 -fecha de publicación del tomo VIII del *Teatro crítico*- y 1742 -en que apareció el primer tomo de *Cartas eruditas*. Lo raro es que por aquellas fechas pudiese un joven estudioso independiente y curioso no haber leído la obra de Feijoo, indicio de las resistencias pasivas a la difusión de las novedades literarias que pudieron limitar su difusión, a pesar de su excepcional éxito de librería. Pero la confesión de Roche nos indica también que la enseñanza de Feijoo respondía a las necesidades intelectuales de un público de curiosos -aunque fueran una minoría- que individualmente iban encontrando, entre «reflexiones desconfiadas» (es decir críticas) el camino del método científico. A esos curiosos, desalentados por el método universitario, desconfiados de la ciencia escolástica por experiencias propias, o por sus lecturas, apasionados por lo que pueden alcanzar de la física experimental, los anima Feijoo a buscar en libros y periódicos, fuera de las universidades desconectadas con el mundo exterior, conocimientos concretos y nuevos del mundo que los rodea. En las cartas de Sarmiento encuentra luego Roche una orientación intelectual análoga: «Cada día», le escribe, «conozo más y más la profunda doctrina que en sí encierran en unos desengaños tan vivos y penetrantes como sólidos y sapientísimos en todas materias. Yo siempre procuro imitar a V^a Rma. y aprovecharme de su dirección, especialmente en mis escritos» (28).

(26) ROCHE, *ibid.*, pp. 43-44. Habiendo escrito el P. Cabrera que Feijoo era el maestro de Roche, éste pidió a Feijoo que le aceptase «por su humilde discípulo», ya que, hasta entonces, «lo tenía por padre». «Estoy recibido por tal», concluye, «y puedo llamarle Maestro a boca llena» (*Ibid.*, p. 44).

(27) *Cartas*, 6-VIII-1751, f.º 169 v.º.

(28) *Cartas*, 6-VIII-1757, f.º 204 r.º.

Désengaño era un vocablo que Feijoo gustaba de emplear como un equivalente castellano de esa voz nueva e importada: *crítica*. Como su vida, esta palabra es un puente entre dos siglos; induce a indagar las continuidades que pueda haber entre ellos. Al recibir un contenido renovado, tal vez no haya perdido, con todo, sus resonancias morales y de relaciones humanas, y no solamente intelectuales, de exhortación personal y apasionada a un cambio, ya no de conducta moral, sino de mentalidad.

¿Qué edad tendría Roche cuando, ya comprometido en una actividad profesional, leyó por primera vez el *Teatro crítico*? De momento no sabemos en qué fecha nació, ni dónde. Según la *Enciclopedia Espasa-Calpe*, fue un «médico español de mediados del siglo XVIII, nacido en Cataluña. Siguió primeramente la carrera de las armas, que abandonó por la medicina, estableciéndose en Sevilla...» El haber sido médico, él mismo lo niega en el prólogo de su *Disertación médica-moral*. El haberse establecido en Sevilla no es exacto, pues nos consta que vivió, se casó y murió en Puerto de Santa María. ¿Era catalán o nació en Cataluña estando el regimiento de su padre acuartelado allí? En todo caso, parte de su juventud transcurrió en La Coruña, donde vivían sus padres y un hermano suyo, clérigo, por los años 50, y donde murió su padre a fines de 1759 o más bien a principios de 1760 (29). El apellido Roche, ausente de la guía telefónica de Cádiz y Puerto de Santa María, se encuentra hoy en Barcelona, Madrid y Sevilla, y también en Vigo, donde se han asentado, en época moderna, comerciantes catalanes. Juan Luis Roche considera a Andalucía como a su patria, alabándola en respuesta a los elogios que Sarmiento -gallego, como se sabía- hacía de la suya (30). Nada, en su correspondencia ni en sus obras (fuera del dudoso indicio de su único apellido), permite afirmar que fuese de familia extranjera, como varios oficiales o suboficiales de apellido Roche, pertenecientes a regimientos franceses o irlandeses, cuyos expedientes figuran en el Archivo de Simancas. Como hijo de oficial y como cargador a Indias, es de suponer que fuese caballero, y desde luego soñó con fundar un mayorazgo (31).

Entre sus *Fragmentos curiosos y eruditos* (Puerto de Santa María, 1758), dice que incluye varias piezas que escribió desde la edad de 16 años, y al final del prólogo del mismo libro pide que se le perdonen las disonancias entre discursos cuyas fechas de redacción se escalonan en un espacio de unos veinte años. Tendría, pues, en 1758, unos treinta y seis años, y habría nacido hacia 1722, lo cual se confirma con una alusión a la edad de Feijoo, en sus *Nuevas y raras observaciones*, redactadas en 1760: «El exceso

(29) *Cartas*, 20-I-1760, f.º 210-211.

(30) «Bien entendí que V. Rma no quiso disputar la fertilidad de este país; y el haberla yo referido fue tomando motivo del justo elogio que hizo V. Rma de su patria, a que no era razón dejar la mía en silencio...» (9-XI-1749, f.º 111vº).

(31) Por lo menos fue deseo de su esposa, irlandesa: cf. «Poder para testar. D.ª Mariana Rian a Dn. Juan Luis Roche», Archivo de Protocolos de Puerto de Santa María, año 1785, 1ro de abril, f.º 111 vº.

que me hacía, y hoy hace, era más que mi edad duplicada». Teniendo Feijoo entonces ochenta y cuatro años, tendría Roche menos de cuarenta y dos: ¿por qué no treinta y ocho?(32).

Siguiendo los pasos y los consejos de su padre, Juan Luis Roche había intentado abrazar la carrera militar. Ni en el ejército ni en la Iglesia había de encontrar su vía propia. Dejó el ejército por desengaño, al ver, con el ejemplo de su padre, que el mérito no se recompensaba si no mediaban la adulación, el interés y las recomendaciones de altos personajes. Habiendo ingresado en una orden religiosa -tal vez fuese la benedictina-, se empeñó con ardor militar en ciertas desavenencias entre religiones y al concluirse las hostilidades le abandonaron los superiores, como lo confía a Fr. Martín Sarmiento, envolviendo sus confidencias en alusiones algo obscuras para el lector moderno: «Estas razones», decía, aludiendo al mal trato y a las malas pagas en la Marina, «me hicieron a mí, siendo niño, abandonar la milicia contra la voluntad de mi padre, que quería me aprovechase yo de sus grandes servicios, cuando a su merced, que es el actor, no le han servido de nada, a causa de su genio verdaderamente noble, sin más ambición que la que puede tener un justo muy contenido, sirviendo al Rey con un afán y celo que no he visto igual. Supongo que de ello tienen la culpa los ministros inferiores, pero les enseña el ejemplo de los mayores, que sólo atienden a los que gritan con empeños o con dineros, hechos pregoneiros públicos de sus servicios...»(33). «Si no hubiera sido por los distintos lances de la fortuna, cuando abrí los ojos a la juventud me hubiera hallado con el cerquillo de medio dedo. Entonces más parecido fuera a V. Rma. Las notorias disensiones que entonces corrieron entre los monjes hasta llegar a tomar las armas, y jugarlas con sobrado esfuerzo, fueron motivo de mi desgracia. Los generales que me protegían perdieron la batalla. Venció la multitud, y no hubo hijo para padre, ni padre para hijo. Cada uno siguió su derrota, su estrella, o su hado». «Supe entonces lo que era saltar tapias, andar por tejados, descolgarse por ventanas, con otras mil cosas que aunque no las hice, las vi hacer. Nadie hacía caso de la elocuencia para la persuasiva. Cicerón fue convertido en garrote, y no le estuvo mal, pues otros autores, tan buenos como él, fueron abandonados o transmutados en parrillas, asartenes, alcuzas, látigos, asadores, y otras cosas menos dignas que el garrote. No será V. Rma. buen soldado, si no se halló en alguna de estas campañas: y si se halló, desde luego fue entonces mi enemigo»(34).

Cómo y por qué había venido a ser cargador a las Indias en Puerto de Santa María, lo ignoramos, y él no lo explica en sus cartas ni en sus obras, a pesar de que no le disgustaba hablar de sí mismo. Encontraría en esa

(32) *Fragments*, «Carácter del hombre sabio», núm. 55, y Prólogo. *Nuevas y raras*, Prólogo, p. 53, núm. 46.

(33) *Cartas*, 2-V-1750, P° 136.

(34) *Cartas*, 6-IV-1750, f4 129 v°-130.

profesión una relativa independencia, por lo menos intelectual, a pesar de los prejuicios que podían existir en aquel grupo social contra la oportunidad y conveniencia de tener al mismo tiempo una actividad literaria. Confiesa que, después de publicados sus primeros tomos de *Fragmentos curiosos y eruditos*, le escribieron varios amigos suyo instándole a que dejase de escribir (35). Otro corresponsal de Sarmiento, Jerónimo Macías de Sandoval, americano en trance de embarcarse para su patria, no encuentra en Cádiz con quien hablar de literatura, «porque es lugar en que sólo se trata de paños, sedas, galones, etc. Todo es comercio, Cuando se oye algo literario, es poco, y parecido a un concepto que me dijo el otro día uno, y fue que Torres es hombre de los que apenas produce un siglo»-(36). Consciente de su originalidad, Roche la subraya en una declaración en que se mezclan la propia satisfacción y el deseo de ver propagarse libremente el estudio de las ciencias: «Soy el primero, que en mi estado y ocupaciones abrió camino a los individuos del comercio de España para fijar sus nombres en el Templo de la Fama. Soy el primero que, en el mismo estado, goza los honores de individuo de tres principalísimas Academias, correspondiéndose con otras insignísimas de la Europa. Soy el primero que, en el mismo estado, no sólo es amante de las buenas letras, sino amante práctico, con un amor a mi parecer sin límites, de que he dado y pienso dar pruebas en honor de la religión...»-(37).

En estas líneas, hemos de destacar sus relaciones con algunas academias, cuerpos formados al margen de las universidades, y tal vez en oposición con ellas, como la Real Sociedad de Medicina y Ciencias de Sevilla (38). Luego, al afirmar su fidelidad a la fe católica, sostiene Roche la compatibilidad de la investigación científica experimental innovadora y de la devoción; en este terreno, fue atacado y tuvo que defenderse en dos ocasiones notables: un milagro supuesto en 1747, y el terremoto de 1755.

* * *

El martes 6 de junio de 1747, durante la octava del Corpus, estando expuesto el Santísimo en la iglesia gótica del convento de mínimos de Nuestra Señora de la Victoria, en las afueras de Puerto de Santa María, vieron el religioso que celebraba misa y sus acompañantes la figura de un fraile mínimo, con báculo, en el viril de la custodia, y la reconocieron como la de su fundador, san Francisco de Paula. El viernes 9, primer día de una novena de acción de gracias por tal prodigio, se repitió la visión y duró cinco horas. Acudió el pueblo en tropel, del Puerto y de fuera. Acudieron

(35) *Nuevas y raras observaciones*, Prólogo, núm. 28.

(36) *Cartas*, 1-I-1752, f.º 28 v.º.

(37) «Carta al marqués de Villa Panés», op. cit., pp. 34-35.

(38) DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio. *Hechos y figuras del siglo XVIII español*, Siglo XXI de España, Madrid, 1973, pp. 170 y sgtes. HERAMOSILLA MOLINA, Antonio. *Cien años de medicina sevillana*, Diputación Provincial de Sevilla y C.S.I.C., Sevilla, 1970, pp. 4 y sgtes.

los superiores de varias comunidades, convidados por los mínimos, pero algunos, más circunspectos, no se movieron, y cuando se pidió al notario apostólico, D. Juan Trujillo, que redactase el acta del milagro, éste se negó, mientras no lo hubiesen examinado «los inteligentes matemáticos a cuya física pertenecía». Llamaron a D. Juan Luis Roche; tendría unos veinticinco años, pero ya gozaría de alguna fama por sus conocimientos científicos. En aquel ambiente apasionado, «era menester», observa, «una suma serenidad de ánimo, y una más que mediana inteligencia de las matemáticas para poner duda, o negarlo». El se atrevió. Por delicadeza y respeto, y seguramente para proporcionarse un respaldo sólido en un asunto delicado, pidió su permiso al conde de Roideville, capitán general de las costas de Andalucía, «docto en la física y sabio en las matemáticas», quien le acompañó en el examen del milagro. Observando las posiciones relativas de las luces, del viril y de las imágenes del santo que coronaban el altar y el retablo, desplazando los cirios, ocultando las ventanas, comprobando que se iba esfumando la visión mientras se consumían los cirios, demostró que no era sino «un raro fenómeno óptico», causado por la reflexión de una imagen del santo en la pantalla de la hostia -se decía en términos filosóficos: «los accidentes»-, a través de la lente del viril. A estas observaciones se sumaba el argumento subjetivo de que no había sentido ningún afecto devoto en presencia del presunto prodigio. Habiéndose repetido la visión en distintos días, llegó a dudar de su naturalidad hasta un oficial de marina «inteligente en las matemáticas y muy versado en la óptica», D. Antonio Norberto de Azpilicueta; Roche tuvo que reiterar sus experimentos para convencerle y encontrar en él un útil apoyo, así como en «algunos doctos sujetos», religiosos o laicos (39).

Muchos, sin embargo, y en primer lugar los mínimos, no quisieron darse por convencidos, y crearon en torno a él un ambiente de sospecha: «Las lenguas mordaces hicieron su oficio. Las satíricas plumas se emplearon en lo mismo, y en faltar a la verdad del hecho y al respeto de la religión». No faltó, refiere con amargura, «quien hiciese esfuerzos para pillarme en alguna palabra descomedida o malsonante». Enfatiza por preterición el mal proceder de sus adversarios: «No soy tan sensible que ose decir lo que algunos se desmandaron». Se queja particularmente de los mínimos, a quienes, por cierto, pretendía defraudar de su milagro: «Yo no sé con qué fundamento me notaron de muy libre algunos interesados, cuando mi propio genio y costumbres lo están desmintiendo. ¿Querían que en una materia tan grave diese por dudoso lo que sentía evidente?»

(39) *Fragmentos curiosos y eruditos*, disc. V, «Examen de un raro fenómeno óptico que se tuvo por aparición del Gloriosísimo San Francisco de Paula», pp. 130-184, *passim*; disc. VIII, «Defensa del Examen... contra el Parecer que intentó impugnarlo», pp. 289-329. V. tb. CABRERA, Fr. Miguel, *Parecer del R.P. ... en que demuestra que las razones que se alegaron ... para averiguar la naturalidad de la imagen... de San Francisco de Paula ... no prueban la naturalidad pretendida*, s.l., s.f. (1747); la ficha de la B.N. Madrid propone Cádiz como lugar de impresión, pero PALAU (núm. 212676) señala Barcelona; lo más probable es que se imprimió en Sevilla.

Entre Roche y los partidarios del milagro, se interpone una profunda diferencia de mentalidades dentro de una misma época y de una misma confesión. Fuera de «los jueces superiores y de algunos doctos sujetos» que le aprueban, se siente aislado frente a la «nimia credulidad» y a la «inconsideración devota» del «pueblo ignorante poco reflexivo» -en fin, del *vulgo*, «este vulgo, fácil a la devoción y pronto a la corrupción», a quien es imposible «desimpresionar» de sus creencias supersticiosas (40). Lo curioso es que los crédulos mínimos se sienten también «puestos al blanco de los improperios» del *Vulgo*, y se quejan de ser «el objeto de lenguas mordaces» (41). Tendencias inquisitoriales se revelan en ambos partidos: si le tachan de «muy libre» sus contrincantes, Roche los llama «infieles» y pretende mostrarles el «gravísimo pecado a que se expone el que promueve o finge milagros falsos» (42).

A los pocos días del pretendido prodigio, el 23 de junio, había mandado un informe al administrador del Arzobispado *in sede vacante* (por muerte del cardenal Molina), el Ilmo Sr. D. Gabriel Torres de Navarra y Monsalve, arzobispo electo de Mitilene. Los mínimos, por su parte, informaban a su provincial de Sevilla y solicitaban al P. Cabrera, «conocido en esta ciudad y su comarca por su literatura, ... ya en la cátedra... ya en el púlpito» (43), para que tomase la defensa del milagro. El Padre Cabrera, que fue provincial, iba a ser elegido poco después, en 25 de enero de 1748, socio de erudición de la Regia Sociedad Hispalense de Medicina y demás ciencias, en la que leyó varias disertaciones sobre temas deontológicos o canónicos (44). A fines del año de 1747 estaba listo su *Parecer*, y provisto de las aprobaciones de dos profesores de matemáticas, el P. José Franco, dominico, catedrático de la Universidad, y D. Juan Sánchez Reciente; del Real Colegio Seminario de San Telmo, de quien dice un historiador moderno que fue «un cabal representante ... del espíritu experimental del siglo» y contó entre los fundadores de la Academia Sevillana de Buenas Letras (45).

Contra el *Parecer* del Padre Cabrera, redactó Roche una *Defensa*. Antes de publicarla, fue a Sevilla para conseguir la aprobación del gobernador de la diócesis, que no la había dado al *Parecer*; pero no se atrevió a dársela a Roche, contentándose con prometer que escribiría al provincial de los mínimos para que éste pusiera freno a las lenguas de sus súbditos, les prohibiera celebrar el aniversario del milagro supuesto y les quitara además una feria que tenían en el atrio del convento y podía ser ocasión de

(40) «Examen», *passim*, y al final: *Nuevo sistema*, Prólogo apologético, núm. 2, y «Examen», pp. 149-150.

(41) CABRERA, *Parecer*, p. 81, y Aprobación del R.P.M. Fr. Antonio Baquero.

(42) «Examen», p. 150; «Defensa», p. 297.

(43) *Parecer*, Aprobación de Fr. Antonio Baquero.

(44) HERMOSILLA MOLINA, *op. cit.*, pp. 471, 475, 575, 710.

(45) AGUILAR PINAL, Francisco, *La Real Academia Sevillana de Buenas Letras en el siglo XVIII*, C.S.I.C., Madrid, 1966, p. 73. Pretende Roche que les costó trabajo a los mínimos conseguir la licencia del juez de imprentas de Sevilla (*Cartas*, 30-I-1748, II^o 99-100).

sacar ventajas materiales de aquel favor espiritual; tal mezcla de intereses había denunciado Feijoo en su «Examen de milagros», publicado dos años antes (46), y en su carta «Sobre la multitud de milagros»: «¿Pero qué disculpa tienen los que tal vez engañan al vulgo, o causando, o fomentando su error?... Más abominable será, si procede del motivo de algún interés temporal» (47). No sería ése el origen del apasionamiento de los frailes, aferrados a su milagro, sino el ardor de unas imaginaciones a la espera de algún acontecimiento maravilloso y poco aptas ya a la observación de lo real. «Escuchen los católicos del vulgo de acá la realidad de que están ajenos», advierte Roche, pensando en las burlas que harían de la credulidad católica y española los extranjeros protestantes o librepensadores. Tal vez calen aún más hondo estas palabras, si se las compara con las sugerencias de dos historiadores modernos, Carmen Martín Gaité, cuando percibe en el clero del siglo XVIII «la huida de cualquier análisis lógico acerca de los males», y Marañón que veía en la España contemporánea de Feijoo «una país que vivía fuera de la realidad» (48).

Tampoco en la Inquisición consiguió Roche la aprobación que deseaba. Le aconsejaron varios amigos suyos, entre ellos el P. Sarmiento, que desistiese de su empeño en responder al P. Cabrera. Mientras tanto, iba cundiendo la fama del milagro supuesto. En Zaragoza imprimía Francisco Revilla una relación en verso —tal vez un romance, para que lo cantasen los ciegos—, en la que se refería que el santo, tres días seguidos, había hablado al pueblo. Teme Roche que esa «relación embustera», que le parece ser, como los demás romances de santos, una mezcla indigna de lo fabuloso y de lo religioso, y en fin «una como sátira, que se le pone a la Providencia», teme, pues, que venga a ser con los años prueba histórica de un hecho imaginario, al estilo de esas tradiciones cuya verdad o falsedad tanto trabajo les costaba averiguar a los eruditos contemporáneos (49); estaba pues al tanto de los esfuerzos de la crítica histórica, y desde luego Feijoo había tocado ya en ese tema.

Fuese porque quería dar resonancia al examen crítico que había hecho de la supuesta visión, y así contrarrestar la difusión que ésta empezaba a tener, o porque consideraba como ejemplares las circunstancias de su propia actuación, dio parte a Feijoo de los acontecimientos en una carta de 15 de julio de 1747, comunicándole el informe que había mandado ya al gobernador de la archidiócesis. Así empezó una correspondencia de va-

(46) C.e., t. II (1745) c. XI, núm. 27: «Donde hay alguna multitud interesada en la fama del milagro... es necesaria una grande circunspección... porque siempre de la concurrencia de los devotos forasteros les resulta algún emolumento».

(47) C.e., t. I (1742), c. XLIII, núm. 6 y 7.

(48) ROCHE, «Examen», p. 141. MARTÍN GAITE, Carmen, *Usos amorosos del dieciocho en España*, Siglo XXI de España editores, Madrid, 1972, p. 185. MARAÑÓN, Gregorio, *Las ideas biológicas del Padre Feijoo*, loc. cit., p. XLIII.

(49) «Examen», pp. 172, 175-176, 177. Aquella *Relación nueva en que se declara...* no está reseñada en AGUILAR PINAL, *Romancero popular del siglo XVIII*, Cuadernos bibliográficos, XXVII, C.S.I.C., Madrid, 1972, y no hemos podido dar con ella, se publicaría muy poco después de los hechos pues ya estaba enterado de su existencia Roche el 15 de julio.

rios años que debió de ser amistosa, pues Feijoo habla de él como de su «erudito amigo» y le escribe encabezando la carta con un «Mi dueño y amigo», cuando otros no le merecen más que un «Muy señor mío» (50).

La carta de Roche está nutrida de la enseñanza de Feijoo en cuanto a la crítica de milagros. El título con que se publicó en los *Fragmentos curiosos y eruditos* (1758) —«Examen de un raro fenómeno óptico»— sería sin duda un homenaje al «Examen de milagros» publicado en el segundo tomo de *Cartas eruditas* (1745, carta XI). Las autoridades que alega para justificar el examen crítico de los milagros y censurar a los fautores de milagros supuestos son las mismas que cita o menciona Feijoo: el Padre Kircher, Paulo Zaquías, Benedicto XIV (es decir Próspero Lambertini, cuyo tratado *De servorum Dei beatificatione* habría leído y citaría directamente), y especialmente el prólogo de santo Tomás Moro a su traducción del diálogo de Luciano, *El incrédulo* (51). Entre los argumentos de Feijoo, el que más atrae su atención es el del perjuicio que podían causar a la Iglesia católica la falta de crítica en cuanto a prodigios y la excesiva credulidad de los españoles, materiales de fácil empleo para los «modernos herejes», siempre dispuestos a disputar a la Iglesia los milagros menos controvertibles, aquellos que habían acompañado su fundación y habían seguido apoyando su desarrollo y su enseñanza. Entre los hechos comprobados menciona, como Feijoo (52), la licuefacción de la sangre de San Jenaro en Nápoles y añade de su cosecha el caso de la de San Pantaleón. Censura la demasiada afilidad de los responsables eclesiásticos en dejar correr tradiciones supersticiosas y milagros dudosos y su timidez ante la credulidad popular. Es posible que los contactos que se podían tener en Cádiz y sus contornos con comerciantes extranjeros no católicos o librepensadores influyesen en las reflexiones de Roche; ya en 1747, por ejemplo, la Inquisición investigaba acerca de un tal D. Juan Bautista Mazuco, comerciante, vecino de Cádiz, por delito de franc-masón y proposiciones heréticas (53).

«Ningún teólogo negará», había escrito Feijoo, «que aunque hubiese entera certeza de que con un milagro falso se había de convertir todo el mundo a la religión católica, no podría fingirse sin pecar, y no como quiera, sino gravemente». Este caso imaginario y forzado debió de parecerle argumento convincente a Roche, pues escribe a su vez: «Aunque supiéramos con evidencia que todos los hombres se habían de convertir a la Religión con sólo un milagro que fingiéramos, cualquiera que lo ejecutase se haría reo de culpa grave, que es a cuanto puede llegar la pureza de una Ley

(50) C.e., V. c. XIV, núm. 1; V. c. IX, núm. 1 (cp. v. c. VIII).

(51) «Defensa del Examen», en *Fragmentos*, disc. VIII, p. 297 (núm. 2). Se refiere a él Feijoo en «Milagros supuestos» (T. c. u., III, disc. VI, §§ I y XI, en BAE, t. 58, pp. 112 a y 120 b) y en «Examen de milagros» núm. 2 (ibid., p. 524a).

(52) ROCHE, «Examen», p. 181. FEIJOO, «Continuación de milagros» (C.e., I, c. XXXI, núm. 3; loc. cit., p. 504b).

(53) Absuelto *ad cautelam* en 1749. En *Cartas y órdenes para la Inquisición de Sevilla*, 2-X y 14-XI-1747, 15-VII-1748, 30-I-1749. A.H.N., Inquisición, libro 700.

verdaderamente santísima» (54). Otra actitud feijoniana que adopta Roche es la búsqueda de un término medio entre extremos censurables y no satisfactorios para la razón. Después de evocar «la nave de la Iglesia» navegando entre los dos escollos opuestos de la impiedad y la superstición, advertía Feijoo: «Así es menester llevar la religión por un medio igualmente distante de uno y otro». A la «nimia credulidad», que explica Roche como una «muy grande imprudencia, pero hija, al fin, de la sencillez y buen ánimo», y en la que ve una hermana de la ignorancia, pero también el fruto de un «celo fervoroso y ardiente», opone la «obstinación inflexible» del incrédulo, que asimismo es una imprudencia. Por consiguiente «la prudencia es el medio entre la credulidad y la obstinación». El tono, mesurado y firme a la vez, es hermano del pensamiento (55). Ese equilibrio, que la reflexión lleva a concebir pero que resulta difícil de realizar en la práctica, llega a ser un principio de la ilustración cuando Cadalso, probablemente buen conocedor de la obra de Feijoo, lo establece como un punto esencial de su programa en la introducción de sus *Cartas marruecas*: «Es verdad que este justo medio es el que debe procurar seguir un hombre que quiera hacer algún uso de su razón; pero es también el de hacerse sospechoso a los preocupados de ambos extremos».

El sentimiento orgulloso, y a veces amargo, de pertenecer a una minoría superior, pero mal aceptada, se insinúa o campea en los escritos de Roche; le lleva a dramatizar su situación y la de los sabios españoles, para realzar su mérito. «Que el vulgo bárbaro siguiese su torrente, no me admira, pero que personas de distinción y jóvenes bien nacidos se inclinasen tanto y tanto al idiotismo, ¡jamás lo pensé!», exclama (56), sugiriendo así su propio aislamiento. Encontraría satisfacción y consuelo en el recuerdo de su valor en el cumplimiento del deber, cuando recordara estas líneas desengañadas de Feijoo en su «Examen de milagros»: «Los que, dotados de mejores luces, conocen cuánto importa depurar de vanas credulidades, que son como lunares suyos, la hermosura de la religión, rara vez se atreven a oponerse a los caprichos del ciego vulgo que, protegido de algunos que no parecen vulgo, no duda de insultarlos, como poco afectos a la católica piedad o tibios en la fe» (57). Al tópico del sabio hécido, rechazado por el vulgo ciego e ignorante, propone Roche una actualización adecuada a su tiempo, cuando se contrapone, como «católico racional», a los «católicos del vulgo», ciegos a la realidad (58).

(54) FEJOO, «Sobre la multitud de milagros», en C.e., I, c.XLIII, loc. cit., p. 514. ROCHE, «Examen», p. 182.

(55) FEJOO, «Examen de milagros», loc. cit., pp. 525b-528a. ROCHE, «Examen», p. 134. Insistiendo en la censura de la piedad irreflexiva, concluye: «...como si la piedad fuese virtud, faltándole la prudencia» (ibid., p. 175).

(56) «Examen», pp. 140-150.

(57) «Examen de milagros», loc. cit., p. 528a. Análoga impresión le producen a un historiador contemporáneo nuestra situación y la actitud de otros ilustrados, en circunstancias distintas: «La historia de estos reformadores e ilustrados es una dura campaña en solitario sobre un campo yermo del que sólo pueden esperar asperezas. La íntima satisfacción de un deber cumplido es lo único que logran salvar de sus aventuras políticas» (RUIZ LAGOS, Manuel, *Ilustrados y reformadores en la Baja Andalucía*, Madrid, Editora Nacional, 1974, p. 18).

(58) «Examen», pp. 179 y 141.

En fin, Roche deja entender que la demasiada facilidad en admitir prodigios supone una falta de fe y de consideración para con Dios; pero también quiere dejar sentado que la ciencia física experimental, maltratada por los seudosabios escolásticos, no puede ser un obstáculo para la devoción, sino un factor propicio para alcanzar una fe más segura y una piedad más acendrada.

Su reflexión sobre el terremoto de 1755 sigue la misma línea de preocupaciones. Al adoptar y defender las hipótesis de Feijoo, manifiesta su curiosidad apasionada por la física moderna, fundada en observaciones y experimentos, y singularmente por su rama más nueva: la electricidad. Durante el terremoto y el maremoto, e inmediatamente después, observa los trastornos que padecen sus barómetros; luego, calcula la trayectoria de caída de las estatuas de la Iglesia Mayor y de unos grabados arrimados a las paredes de su propia casa, e intenta deducir la dirección de la onda sísmica. Para hacer entender la difusión de las sacudidas dentro de la tierra, recuerda el procedimiento militar de depositar unos dados en una piel de tambor para percibir a distancia la aproximación de una tropa enemiga. Sin embargo, entre quienes no ven en el terremoto sino una advertencia divina y quienes no se interesan sino por las explicaciones físicas, pretende encontrar un compromiso: el terremoto se realiza mediante causas y efectos naturales, cuya explicación ha de buscar el físico, pero también se vale de él la Providencia para reavivar la piedad de los mortales; sin embargo, no sistematiza su pensamiento con rigor, ni intenta explicar cómo Dios planea los terremotos. No llega a las tajantes afirmaciones de su censor, D. José Cevallos, el erudito canónigo de Sevilla: «Acabemos de entender que, para aprovecharnos del terremoto para corregir las costumbres, no es menester valernos de cosas insubsistentes, de piedades falsas, y [de] propagar que los terremotos son siempre señas de la indignación de Dios, y provenientes de una especial providencia. Dios no quiere sino la verdad... Así pues, el terremoto... ha sido enteramente natural...»(59). Roche vitupera la inconsciencia de la gente, pronto olvidada de la devoción: «Tiembra la mano al querer escribir que se han visto cintas, abanicos, zapatos, coplas y bailes con similitud al Terremoto» (60). Como ejemplo contrario, refiere el de un conocido suyo que decidió meterse a fraile después de oír sus exhortaciones piadosas (61).

(59) ROCHE, *Nuevo systema sobre la causa physica de los terremotos, explicado por los phenomenos electricos, y adaptado al que padeció España en primero de Noviembre del año antecedente de 1755. Su Autor el Illmo. y Rmo. Señor Don Fray Benito Geronymo Feijoo... Dedicado a la muy erudita, regia y esclarecida Academia Portopolitana. Por Don Juan Luis Roche, Academico de Erudicion de la misma Real ACADEMIA PORTUENSE, ...* Puerto de Santa Maria, en la Imprenta de la Casa Real de las Cadenas. Año de 1756. Está techada la censura de Cevallos en 17 de marzo de 1756. El «Prólogo apologético» tiene fecha de 10 de mayo: no se publicaría, pues, el *Nuevo sistema* antes de mediados o fines de mayo.

(60) *Ibid.*, «Prólogo apologético», núm. 2.

(61) «Casi al punto se entró religioso». En «Carta al marqués de Villa-Panés», op.cit., p 64.

¿Respondía la posición ostentada públicamente por Roche al deseo de precaverse contra ataques mal intencionados? Al mandar su *Relación* a la Academia Sevillana de Buenas Letras, manifiesta su prudencia: «Con la determinación de dar a la prensa esta carta, fue preciso quitarle muchos (?) (... de crítica que acaso la harían algo agradable a los curiosos. Se le añadieron algunas reflexiones morales, y en fin se preparó para el común» (62). También pudo ser un aspecto de su personalidad el afán de explicar, enseñar e incluso predicar, pues no hemos de olvidar su fallido intento de vida monástica, con el que tal vez se relacionasen sus críticas a los religiosos y su propensión a demostrarles que no se sentía obligado a reconocerles una total superioridad en materia de celo ni de conocimientos teológicos o canónicos: «Puedo y debo, aunque sea lego, enseñar al que no sabe», declara. «Ojalá que hubiese muchos que se dedicasen a enseñar la doctrina cristiana a los ignorantes» (63). Este sentido de la responsabilidad de los laicos no deja de tener algo de moderno. Sus intromisiones por los campos de la moral y la teología provocaron reacciones variadas. Le animó verse citado a la letra y honrado con el título de «Sabio Erudito Matemático» en un sermón del doctor D. Luis Ignació Chacón, arcediano de Niebla y canónigo de Sevilla (64). Estimó la crítica comedida del obispo de Guadix, el erudito Fr. Miguel de San José (65). Le desagradaran mucho más el nuevo ataque y los procederes del Padre Cabrera, que, al saber que estaba preparando la edición del *Nuevo sistema*, «tuvo maña de sacar los pliegos de la imprenta conforme se tiraban, y despreciar el dicho sistema en un escrito que dio al público... Yo le respondí en el Prólogo», añade, «con más moderación que la que merecía y según el sentir de todos y de sus propios aprobantes, di en tierra con su sistema. A desquite fue acusado al Santo Tribunal mi Prólogo por escandaloso, y el *Nuevo sistema* por qué se yo. La respuesta fue que no encontraban reparo alguno en aquel escrito» (66). La carta al marqués de Villa Panés que publicó en 1757 con su *Disertación médica-moral*, es una respuesta directa al P. Cabrera y un alegato en el que justifica su propia vocación de escritor.

Entre sus *Fragmentos curiosos y eruditos*, publicados en 1758, figura una «Respuesta a un zoquete avinagrado que salió con el embozo de dependiente de Rentas, escribiendo al autor diferentes cartas majaderísimas». Dichas cartas impugnaban su «Reflexión sobre los autores españo-

(62) *Gratulatoria*, archivo de la R.A.S.B.L., Mas. cit., f.º 47 v.º. Se estropeó el texto al encuadernarse.

(63) «Carta al marqués de Villa-Panés», núm. 60.

(64) CHACÓN, Luis Ignació, *Las gloriosas santas tutelares de Sevilla, Justa y Rufina, Triumphantes de la impureza y de los vicios... en el Terremoto... Oración panegyrico-moral, que el día 12 de mayo de 1756...* Sevilla, 1756 (según Palau y Dulcet).

(65) *Respuesta que dio a una carta del Doctor D. Joseph Zevallos en assumpto de varios escritos impresos sobre el terremoto...* Fr. MIGUEL DE SAN JOSEPH, ... Granada, 1756. Cf. ROCHE, *ibid* («Carta» citada), p. 60, donde reproduce elogiosas expresiones de Fr. Miguel sobre el *Nuevo sistema* y sobre la censura de Cevallos, «lo mejor de cuanto se ha pensado hasta nuestros tiempos» (p. 1).

(66) *Cartas*, 3-VIII-1756, f.º 203. V. tb. «Carta al marqués...», pp. 33-34. Ver además SANCHO, Hipólito, *Historia del Puerto de Santa María*, p. 508, sobre una intervención del cardenal de Solís en favor del *Nuevo sistema*.

les», publicada en 1757, y zaherían sus anteriores escritos. En ella explica la posición mediana que adoptó en cuanto a la interpretación del terremoto. En un afán de síntesis, se aparta a la vez de quienes niegan totalmente el carácter sobrenatural de la catástrofe, y de los que no admiten ningún intento de explicación científica. Pero insiste en que se deben respetar la autonomía y los métodos de cada género o de cada rama del saber: «Hice distinción», recuerda, «del púlpito y la cátedra, de la teología y filosofía, de los asuntos morales y físicos». Deslindado por la física el dominio de los hechos naturales, puede la teología, con buen fundamento, apoyar en las circunstancias residuales una interpretación sobrenatural que no le sería lícito imponer «con argumentos de autoridad incompatibles para el caso». Se debe rechazar especialmente el argumento de mera posibilidad, sobre todo si se funda en una duda arbitraria: «Los físicos experimentales, a quien sabiamente encomienda nuestra Santa Madre Iglesia el examen de los portentos, deben obrar con una verdad incapaz de seducirse a la inclinación del vulgo, y mucho menos a los que, con artificio escolástico, pretenden introducir dudas, para lograr inmediatamente que en caso dudoso se inclinen a su sentir...» (67).

No debió de parecerle muy sospechoso el pensamiento religioso de Roche al Santo Tribunal de la Inquisición de Sevilla, pues le nombró su revisor de libros, título que ostenta en la portada de sus *Observaciones* sobre el pulso, publicadas en 1761. A falta de documentos fehacientes, que no hemos encontrado hasta ahora, es lícito suponer que se le encargaría el examen de los libros extranjeros que se importaban en Puerto de Santa María cuando el comisario -un eclesiástico- no entendía de idiomas (68).

* * *

¿Cuáles fueron las respuestas de Feijoo a las llamadas o a las iniciativas de Juan Luis Roche? A falta de su correspondencia (pues las cartas de Roche, si aún se conservaban, habrán desaparecido en el incendio de Samos, y las de Feijoo, si por suerte aún existen, desconocemos su paradero), tenemos de ellas algunas muestras. Apreciaría Feijoo la actuación de Roche en el asunto del supuesto milagro, pues le dio lugar entre sus corresponsales habituales. Llegó esta amistad por correspondencia a un intercambio de retratos: como lo cuenta Roche en una carta a Sarmiento

(67) «Carta a un zoquete avinagrado», loc. cit., pp. 282-283. ¿Sería extravagante buscar alguna analogía o parentesco entre la censura de ese posibilismo escolástico y las críticas, coetáneas o anteriores, de los probabilioristas y rigoristas al probabilismo en materia de moral? Surgió esta pregunta al oír en este Simposio la comunicación de D^a María Blanca Lozano Alonso, en que se destaca, entre los principios de la teoría del conocimiento de Feijoo, el consejo de elegir siempre lo menos inverosímil.

(68) En 1770 informa el tribunal de Sevilla a su comisario en Cádiz de que se traslada allí un familiar llamado D. Casimiro de León, abogado, versado en la lectura del francés. En lo sucesivo recurre a él el comisario para el reconocimiento de libros franceses. A.H.N., Inquisición, leg. 2074, núm. 31, f^o 54, 107, 119 r^o (donde aparece León con el título de «revisor de libros del Santo Oficio de la Inquisición de Sevilla»).

del 2 de agosto de 1750, le pintaron con más edad de la que tenía y quedó tan «aburrido de lidiar tres meses con pintores», que renunció a mandar hacer otros dos retratos para sus padres y para Fr. Martín. ¿Adónde habrá ido a parar ese retrato? No dedicó Feijoo ninguna «carta erudita» a los acontecimientos pseudo-prodigiosos del Puerto de Santa María. Ni siquiera los menciona en su discurso «Sobre la recta devoción y adoración de las imágenes», que es el primero del tomo póstumo de *Adiciones* que se publicó en 1783, aunque lo termina con una exhortación a todos los fieles a que recordasen sus obligaciones a los propios pastores, para que éstos no dejasen de explicar al pueblo «a la plebe» la verdadera doctrina de la Iglesia: Roche aprobaría esta llamada a la iniciativa de los laicos y al sentido de la responsabilidad de los clérigos. En ese mismo tomo figuran, sin embargo, unas décimas satíricas «Contra el supuesto milagro que se publicó en el Puerto de Santa María». Son tres estrofas cuya agudeza final, epigramática, es conforme al espíritu crítico ilustrado y a la empresa de Feijoo, de hacer discurrir a sus lectores:

...«que hubo en ocurrencia tal
reflexión en el cristal
y falta de ella en la gente.»

Su vigor crítico y polémico, avivado con antítesis y uniones de vocablos que rayan en la paradoja, culmina en la sarcástica acusación de herejía que con ingeniosidad les espeta a los victoriosos:

«El Siervo sobre el Señor,
sobre el Santísimo el Santo,
.....
es sacrílega osadía,
profanación, y no culto,
que los que creen a bulto
llaman fe, siendo herejía»
(vv. 13-14, 17-20) (69).

En cuanto a la publicación del *Nuevo sistema*, las expresiones con que Feijoo habla de Roche en la *carta erudita* XIV del tomo V, dirigida en 10 de junio de 1759 a un corresponsal cuyo nombre no se expresa, son un testimonio de la aprobación con la que acogió la iniciativa de aquel a quien llama su «erudito amigo». En su carta al marqués de Villa Panés —es decir su respuesta al P. Cabrera—, Roche pone en evidencia sus buenas relaciones con Feijoo («la atenta sinceridad con que se digna hablarme su S^{ta} Rma., y el indecible sosiego con que me escucha») reproduciendo dos párrafos de una carta del 24 de noviembre de 1756, por la que éste le agradece el envío de ejemplares del libro y le informa de su tardía llegada a Oviedo (70). «Repetí la lectura del Prólogo, que está muy bueno», escribía

(69) *Adiciones a las obras del ... Padre Maestro... Feijoo...* Madrid, 1783, p. 17.

(70) En dos de agosto habían salido, con el arriero Luis Granados, cien ejemplares para el P. Balboa, amigo de Sarmiento, que había de remitirlos de la Corte a Oviedo. Lo anuncia Roche a Sarmiento en 3-VIII-1756, f. 202

Feijoo, «especialmente en las impugnaciones del buen P.M. [Cabrera], a las cuales ni él, ni otro alguno podrán responder cosa que valga un comino» (71).

En varias cartas a Fr. Martín Sarmiento, le advierte Roche que va adjunta una carta para Feijoo, y que puede leerla. Así procedería para evitar que se perdieran las cartas en el enlace de correos de Madrid (72). También le da cuenta a Sarmiento de cartas que recibió de Feijoo, entre ellas de una «carta que hemos celebrado, porque cuando juzgábamos por el bulto que trajese mucho escrito, hallamos que ni una letra, porque toda se reducía a papeles blancos, y nada más, lo que persuade a equivocación del amanuense» (73). El plural deja suponer que fuese Juan Luis Roche centro de un círculo de admiradores de Feijoo, al que de vez en cuando se agregaría algún viajero, de paso para un nuevo destino en Indias o en España, como aquel D. Luis Enrique García Lorenzana, guardia marina, que, en 18 de marzo de 1755 escribía de Cádiz a Sarmiento: «Por don Juan Luis Roche sé cómo se halla bueno el Mro. Feijoo» (74). Sarmiento y el mismo Feijoo le encargan a Roche el reparto de las publicaciones más recientes de Feijoo entre amigos y favorecedores del Puerto, de Cádiz, e incluso de Indias, pues en 16 de febrero de 1750 da cuenta de haber recibido dos tomitos y dos retratos de Feijoo para mandárselos a La Habana a un D. Pedro Alonso, y en 20 de septiembre de 1751 le anuncia a Sarmiento: «El P. Feijoo me tiene escrito que me envía V. Rma. el tomo primero y segundo de Cartas para don Pedro Alonso». ¿Sería este personaje otro propagandista de la obra y el pensamiento crítico del maestro de Oviedo? Roche es también el encargado de mandarle el tomo tercero de *Cartas eruditas* en nombre de Feijoo. Del mismo tomo reparte ejemplares entre conocidos del P. Sarmiento y suyos: los PP. Alzugaray y Castañeda, jesuitas peruanos, y un D. Domingo Troquero, quizás empleado de Aduanas o de Rentas, vecino de Cádiz, con cuya ayudá había conseguido rescatar cierta cantidad de tabaco destinada a las narices del P. Feijoo y detenida en la aduana; le costó trabajo a Roche hacerle admitir las obras completas de Feijoo (75). Ya en 22 de diciembre de 1749 anunciaba que había recibido doce ejemplares del P. Feijoo, además de dos cartas: se trataría de la *Justa repulsa de inicuas acusaciones*, publicada aquel año contra los dos primeros tomos de *Reflexiones crítico-apologéticas* del P. Soto y Marne (1748).

Aplaudió Roche la Real Orden de 23 de junio de 1750, por la que Fernando VI prohibió que se impugnase a Feijoo: «He celebrado infinito el

(71) «Carta al marqués de Villa-Panés», op. cit., pp. 60-61.

(72) Por ejemplo en 2-III-1750 y 19-X-1750. En la segunda le habla de «las novedades de por acá».

(73) *Cartas*, 23-V-1752, f.º 185 r.º.

(74) *Cartas originales... a...* Sarmiento, t. II, f.º 48 r.º, RAH, Mss. 9-29-1-5781.

(75) *Ibid.*, t. I. Referencias a Troquero en 136 v.º, 147 v.º, 150 r.º (2-V, 2-VIII y 31-VIII-1750); a Castañeda y Alzugaray en 147 r.º, 150 r.º y 152 r.º (2-VIII, 31-VIII y 8-IX-1750); a Alonso en 2-II, 16-II-1750 y 20-IX-1751, y también 31-VIII-1750.

Decreto del rey contra los atrevidos escritos del Padre Soto Marne», escribe en 20 de julio. «Pero me temo que imprima su tercer tomo fuera de Madrid, donde por ignorar la prohibición consiga las licencias; por lo cual no sé si sería bueno enviar copias a todos los obispos. Ello ha sido un decreto raro y admirable». Habiendo protestado el P. Soto y Marne contra tan desacostumbrada medida en un *Memorial al Rey* (1751) (76), expresa su reprobación y el afecto que siente por Feijoo, en carta de 9 de agosto de 1751: «Los pésimos tomos del P. Soto Marne, no los he visto ni por el pergamino. La desazón que me ha ocasionado haber leído su Memorial, creo que me durará hasta la sepultura, siendo así que soy casi insensible a todos los contratiempos y pesares, sin exceptuar los mayores que puedan sobrevenirme; pero, en viendo una injusticia, o patrocinar una sin razón en daño del prójimo, se me arranca el alma sin poder resistirlo. Veo la inocencia de nuestro Ilmo., y lo acreedor que es a la mayor veneración humana. He leído sus obras con el mayor cuidado, ... y por consecuencia puedo hacer rectísimo juicio de su mérito y afanes literarios; y esto mismo ... me acerva un dolor fuertísimo, viéndolo tratar con tanta irreverencia e injusticia». Debí de ser el *Memorial* difundido y comentado entre los conocidos de Roche, pues añade: «Son muchos los que apoyan que el Memorial está cortesano y atento, cuando atendiendo al alma y aun a la superficie, no puede estar más diabólico... Es oprobio realmente de nuestra Nación, y mucho más de su hábito, semejantes impugnaciones insolentes, de que no se dará ejemplar en los extranjeros» (77). Ello es que dicho *Memorial* es un ataque desorbitado y despreciable a la ortodoxia, al patriotismo, a la rectitud y a la erudición de Feijoo, y es una sarta de tópicos rancios. Sin duda se refería Roche a la respuesta de Feijoo a las *Reflexiones* de Soto y Marne, su *Justa repulsa de inicuas acusaciones*, escrita en forma de *carta a un amigo suyo*, cuando exponía a Sarmiento sus comentarios y los de sus amigos acerca de «la carta impresa del P. M. Feijoo: A todos ha gustado mucho, aunque fuera excusada para los doctos, que alcanzan a conocer el mérito y razón elevada del dicho Padre, lo que nos hace creer que a su lado no tiene un buen mosqueador, que le ahuyente cien leguas todo chismoso avechucho que por su diversión no reparase en alterar su quietud, la que juzgo, que en tan avanzada edad, ya no se halla para estas flores, sino para atender muy de veras a su salud» (78). Se ve que a la admiración por el pensamiento y la obra del Maestro, se unía el cariño por la persona del amigo y casi del padre, pues así le gustaba a Roche llamarle (79).

A lo largo de su correspondencia con Fr. Martín Sarmiento, que se extiende de 1748 a 1760, vemos cómo Roche sigue desde lejos con atención

(76) Hemos visto un ejemplar, procedente de la casa de la Compañía de los Huertos de Segovia, en AHN, Jesuitas, leg. 400, núm. 6.

(77) *Cartas*, f.º 169 r.º-170 r.º. Dudamos en leer 'acervar' (=acumular), como viene escrito, o 'acerbar' (por 'exarcerbar').

(78) *Cartas*, 9-XI-1749. Dudamos en leer 'reparan', 'repararé' o 'reparase'.

(79) «Ha muchos años que lo tenía por Padre» escribe en la «Carta al marqués de Villa Panés», p. 44, cf. n. 26.

e impaciencia la marcha de la edición de los sucesivos tomos de *Cartas eruditas*. «Ya lo considero muy ocupado con el tercer tomo de *Cartas eruditas*, que a veces cuesta tanto correr con la impresión como escribir lo que se imprime», escribe a Fr. Martín en 22 de diciembre de 1749. «Me alegro del buen estado del tomo tercero de *Cartas*, lo que ya me habían avisado de Oviedo», le dice en 27 de enero de 1750. «Con ésta envío una nota para libros que se servirá V. Rma. encargar a algún religioso, para cuando estén impresos los del Sr. Feijoo: que Granados tendrá el cuidado de ir a ver a V. Rma. todos los viajes para, en llegando este tiempo, traerlos», le indica en 16 de marzo. «Me admira el gran número de ejemplares que se tiran del tomo tercero», pondera en 6 de abril -de hecho se sabe que las obras de Feijoo fueron grandes éxitos de librería y tuvieron importantes tiradas. En 21 (?) de junio, todavía lo está esperando, pero en 2 de agosto da las gracias por los ejemplares recibidos. En 20 de agosto de 1753, aprecia la fineza de Sarmiento en regalarle un ejemplar del tomo IV: «Tendrá éste mi estimación en lugar muy alto, de que doy gracias». Anteriormente, le agradece a Fr. Martín el envío, o la promesa de enviar a su hermano la traducción de la *Historia del Pueblo de Dios*, del P. Berruyer, y el mismo tomo IV: «Dice que le servirán para el empleo de cura de almas en Abres, que es un lugar que coge frutos del obispado de Mondoñedo y de Oviedo» (80). Le gustaba obsequiar a sus amigos con tomos de Feijoo: «No me urgen, salvo los del Sr. Feijoo», escribía en 6 de abril de 1750, «que estimaré a V. Rma. que luego luego que salgan a luz me los remita (siquiera dos tomos) por cualquier arriero, Aparicio, Granados, u otro, para regalarlos a los amigos antes que aquí los compren o los lean». ¿Quién sabe si incluso no los compraba para regalarlos? A no ser que quisiese compensar los préstamos sin restitución que hacía en detrimento de su biblioteca, pues refiere, en 16 de septiembre de 1748: «Las obras del P. M. Feijoo no andan escasas, y con todo eso las he comprado en Cádiz a 22 reales y a 18 cada tomo, y lo mismo la *Ilustración*. Ahora, últimamente, por haber comprado una buena porción de libros franceses, me las dieron a 15 reales». Sacarían provecho los libreros de la fama de Feijoo y de la relativamente fuerte demanda de sus obras. En 1767, encargado de redactar el inventario de los libros de la casa hospicio y del colegio de jesuitas de Puerto de Santa María, Roche tasaba los catorce tomos en cuarto de la edición de 1765 en 140 reales, tratándose de libros, pues, ya usados (81).

No se contentaba Roche con ser propagandista fervoroso de la obra de Feijoo, sino que lo era también de los méritos de Sarmiento. Encontrándose en el Puerto dos procuradores jesuitas que se trasladaban de Buenos Aires a Roma, no los visitó más que dos veces, pero, escribe, «han quedado

(80) *Cartas*, f.º 193 v.º. Sorprende la fecha, 28 (?) -I-1753, algo temprana para el envío del tomo IV de *Cartas eruditas*.

(81) *Aprecio e Inventario de los libros encontrados en la Casa Hospicio. Y también de Colegio*. AHN, Jesuitas, leg. 826, núm. 3. La fecha: 30 de octubre de 1767. En el aposento del P. Miguel del Puerto, por otra parte, revisor y consultor de la Inquisición, se encuentran dos tomos de Roche, entre muchos libros eruditos e históricos: ¿se tratarían este padre y Roche? (Según el auto de perquisición por el conde de Trigona, gobernador político y militar del Puerto, *ibid.*, núm. 2, f.º 14 r.º-18 v.º).

muy afectos a V. Rma., así por haberse excitado la conversación con los elogios merecidos, y estando para pasar a esa Corte, no dejarán de visitarlo» (82). Cuánto lo considera, se lo expresa en carta del 28 de enero de 1751: «Son tan preciosas las obras de V. Rma., que muy antes que nos conociésemos dije que excedían en erudición a las del Sr. Feijoo, y pensando que se escandalizasen por apasionados los oyentes, que eran personas muy doctas y de mucha distinción, lo pronuncié esforzándome a la disputa, pero todos unánimes respondieron que no había duda. Este es el mayor elogio que pueden dar los mortales a V. Rma., y en él me ratifico. Como el Sr. Feijoo tenía que escribir más largo, no le estuvo mal la dulzura de sus escritos» (83). Aunque había publicado poco y no quería publicar más, vemos que la fama y tal vez la influencia de Sarmiento trascendían del ámbito de su celda y de su tertulia madrileña. Corrían sus cartas: un Roche las leía a sus amigos, y las comunicaba a los cartujos de Jerez. Corrían copias de sus escritos, o por lo menos se sabía algo de su contenido; Roche le merecía la confianza de que le enterase de los trabajos que traía entre manos: las estatuas y los adornos del Palacio Real (84), o el *Discurso sobre la necesidad que hay en España de unos buenos caminos reales*, que le había pedido el conde de Aranda (85). En 8 de septiembre de 1750, le pedía Roche a Sarmiento una descripción verdadera de la *calaguala*, planta medicinal, y de sus usos: «Nadie», le decía, «podrá hacerlo mejor que V. Rma., aunque sea encerrado en su celda» (86).

Si su correspondencia con Sarmiento pudo, en efecto, despertar en él algún interés por la botánica, la afición a la medicina fue un lazo más para estrechar sus relaciones intelectuales con Feijoo.

La medicina ocupa una parte notable de su obra. Una «Disertación médica-moral sobre el limitado poder de los abortivos en la medicina, contra la opinión común, que los tiene por poderosos auxilios» presta un título a su primer volumen de discursos varios, e ilustra el papel de desengañador que quiso asumir, a imitación de Feijoo. Los *Fragmentos curiosos y eruditos* contienen, repartida entre dos discursos (el tercero y el cuarto), una disertación titulada «Progresos de la medicina, especialmente en España y Portugal»: en la primera parte, trata del empleo del mercurio en la curación del «morbo gálico, o lue venérea», según el método del doctor José Ignacio de Torres, médico español del duque de Orleans; en la segunda, propone sus propias reflexiones y observaciones sobre el tratamiento de las mordeduras de víboras, de los callos y de «los ángulos de las uñas de los pies clavados en el dedo pólce», es decir del uñero. El sexto

(82) *Cartas*, 20-IX-1751, f.º 175v.º.

(83) *Ibid.*, f.º 161 v.º.

(84) *Ibid.*, 9-XI-1749 y 9-VIII-1751 (Sarmiento le había mandado un plano de su proyecto); v. tb. 27-XII-1751.

(85) *Ibid.*, 8-VIII-1757, f.º 205 r.º (lamentaba Roche que se haya sepultado el proyecto).

(86) *Ibid.*, 8-IX-1750, f.º 153 r.º.

discurso es una «Introducción al verdadero método de curar, o sistema nuevo de la verdadera medicina», en la que medita, más o menos confusamente, sobre el poco adelantamiento de la medicina, la existencia en la naturaleza de específicos previstos por la divina Providencia, la ignorancia del hombre en cuanto a los mecanismos de la naturaleza y la necesidad de ceñirse a ella en vez de seguir las opiniones de las escuelas. A la apreciación de la virtud de los remedios aplica prudentemente aquel principio ilustrado del justo medio: «En la Medicina, todo lo que fuere ponderación, ya sea para ensalzar, o ya sea para disminuir, es perjudicialismo» (p. 235). Por fin publica en 1761 unas *Nuevas y raras observaciones para prognosticar las crisis por el pulso, sin alguna dependencia de las señales críticas de los antiguos, en que se prueba, y procura establecer en la medicina, para utilidad pública, el famoso descubrimiento solaniano* (Puerto de Santa María, Casa Real de las Cadenas). Las dedica al rey Carlos III. Contienen una exposición de la teoría que había expuesto Francisco Solano de Luque, médico de Antequera, muerto en 1738, en su *Lapis lydos Apollinis* (Madrid, 1732).

Lo más valioso y moderno de su producción médica tal vez no sea sólo la idea de que los zapatos «imitasen» la forma del pie humano»; toda la seriedad de su propuesta se trasluce en el consejo que daba a los zapateros, de que, «en vez de discurrir modas opuestas al natural movimiento, se contentasen con *investigar* lo más conveniente y cómodo» (87). En realidad, los pies de los europeos occidentales habían de esperar aún medio siglo a que empezasen los zapatos a adaptarse a la diferencia entre el pie derecho y el pie izquierdo. Sin embargo, es cierto que resulta moderna, y a tono con el siglo de la Ilustración, su creencia en la posibilidad y en la necesidad del progreso científico. El adelantamiento de la medicina, dice, «debía ser... el objeto principalísimo de los Príncipes después de la Religión. Porque no hay cosa más lastimosa que ver perecer a un enfermo, y más si es un monarca en la flor de su edad, sin atinar a libertarlo con los medios que ciertamente ha criado Dios para curar nuestras dolencias». Vuelve al tema en otro lugar, planteándolo como un problema moral: «¡Qué cosa más ajena de la racionalidad de los hombres que afanar (como suele decirse) hasta echar los bofes por adquirir riquezas, sin dar un solo paso en coadyuvar al adelantamiento del soberano tesoro de la Medicina!» (88). Doble llamada al mecenazgo de los grandes y al fomento de la investigación por la realeza; llamada también a una toma de conciencia y a un cambio de mentalidad de la sociedad, o por lo menos de sus elementos rectores. Llamada, además, a la sensibilidad de sus lectores, que ha de ser expresión y soporte de su caridad cristiana. Percibe Roche la vitalidad de un concepto capaz de encauzar las aspiraciones humanitarias de cualquier época, y tiene el sentimiento de romper con unas concepciones

(87) «Progresos de la medicina», 2da parte, en *Fragments*, pp. 120-121.

(88) *Ibid.*, p. 62. «Introducción al verdadero método de curar», p. 206.

rutinarias de la caridad, cuando hace una propuesta que ha de parecer paradójica a sus contemporáneos: ofrece una recompensa de trescientos pesos al rústico que le traiga un verdadero específico nuevo. «Con esto también sabrán (para que no se rían muchos)», explica, «que en esto ejecuto la mayor caridad que en lo corporal puedo hacer a mi prójimo... Casi todos nuestros compatriotas... se estremecerán con esta que les parecerá la acción más loca y desatinada. Ello, es menester contribuir precisamente a un sinnúmero de necesidades, sin meter en cuenta las demandas, los mendigos, las procesiones y las hermandades. Pero esto no quita que la caridad cristiana pueda salir, aunque con nota del inmenso Vulgo, a emplearse más finamente en otros objetos caritativos que abrazan más número de favorecidos» (89). De hecho, él mismo no vacilaba en aliviar las necesidades de los pobres con limosnas, en caso de hambre por ejemplo, como lo refiere a Sarmiento en carta del 2 de mayo de 1750. Por otra parte, en conformidad con sus principios, y en aplicación de la doctrina acuaria, aprobada por Feijoo, había aportado su contribución financiera, y quizás su iniciativa, a un intento de aprovechamiento de las aguas de unas fuentes que se encontraban en el territorio de Puerto de Santa María y cuyas aguas se creían salutíferas (90). Ese sentido de la *beneficencia* le integra plenamente en el siglo de las luces.

Siendo la naturaleza obra del Criador, y siendo un deber de caridad el buscar en ella «los poderosos infalibles remedios que Dios ha criado para cada una de las enfermedades», recomienda al investigador una actitud religiosa: humildad, sencillez, que son las virtudes del sabio, y el «continuo recurso al cielo», que es obligación especial de los que, como él, son socios de la Real Sociedad de Sevilla, cuyo patrono es el Espíritu Santo. Así es cómo la observación de la naturaleza se vuelve para él contemplación: «A mí me sucede muchos años ha, que cuando me pongo alguna rara vez a contemplar la naturaleza, para no olvidar en cada momento el soberano recurso que deben invocar los socios, enciendo una gran luz, para que con su resplandor y su inmediatez continuamente me lo recuerde. Aprendan, pues, de tan sabia escuela a solicitar los auxilios divinos los que para bien del público desean adelantarse en la investigación de la naturaleza» (91). También en el plano intelectual ha de ejercerse la caridad, «la gran caridad que se emplea en desengañar a los ignorantes de intolerables abusos» (91 bis). Encuentra una imagen de inspiración evangélica, en medio de su

(89) «Progresos», 2da parte, pp. 128-129.

(90) «En el mismo sitio del manantial de la fuente que decimos se descubren otras salutíferas de varios minerales, como la Fuente del Perro y la Gerrumbrosa, que aunque se beneficiaron a expensas del que da esta Relación, y de otros bien intencionados, para bien común de los enfermos, hoy se hallan casi del todo perdidas, por la desidia de estos naturales (que es el nombre más honesto que se le puede dar a este abandono)». ROCHE, *Descripción de la ciudad del Puerto de Santa María y su término. Historia natural, en Descripción general de España*, núm. 53, Madrid, 1-1-1771, p. 14. En el prólogo de sus *Fragmentos* (1758), anunciaba la publicación ulterior de un *Espejo cristalino de las aguas de España* que tal vez hubiese de ser reedición de la obra del mismo título, de Limón Montero (Alcalá de Henares, 1697). Agradezco esta información a Madame Sarrou, que está preparando una tesis sobre la literatura hidroterapéutica en España, en el siglo XVIII.

(91) «Introducción», pp. 236 y 238.

(91 bis) «Defensa del Examen», en *Fragmentos*, p. 297.

pintoresquismo, para explicar el deber que tiene la sociedad de fomentar a los sabios: «Si la luz de un grande y penetrante entendimiento no se halla colocada en un candelero que gradúe su tamaño y se proporcione a nuestra vista, tendremos tal vez por candelilla de sastre el que puede ser un cirio pascual tan magnífico y monstruoso como el de nuestra Metropolitana» (91 ter).

Temprana señal había dado de su vocación médica y de su espíritu observador e independiente al desaconsejar a una parienta suya el tratamiento común del uñero -se sacaba la uña con tenazas-, y al recomendarle que dejase crecer la uña y la cortase siempre «de cuadrado». «Era yo bien niño», refiere, «cuando discurrí este remedio». Y añade: «Después lo hallé escrito, aunque confuso, ... en un autor moderno de cirugía... Apenas tienen número las ideas en que me sucedió lo propio, estimándolas algún tiempo por propios descubrimientos» (92). Estaría en la atmósfera del siglo, al que llama Roche «el Siglo dichoso de la experiencia» (93), el preferir la observación y la reflexión a la aplicación de fórmulas hechas o de prácticas rutinarias, pues el joven Juan Luis, por intuición, se iba sumando al movimiento de ideas de la Ilustración.

En Puerto de Santa María, a las veces hacía de médico. En una ocasión cura a una joven, que sufría de un cancro oculto -entendemos que era en un pecho y suponemos no sería maligno-, recetándole un cocimiento fuerte de la famosa calaguala, entonces tan apreciada de los curiosos, que se la hacían mandar de América (94). Le consultaban personas de distinción temerosas de que, si las visitaba el médico, corriesen los chismes y sufriese su opinión. A un enfermo de mal venéreo cura durante un mes, sin dieta especial -pues se hubiera notado-, con mercurio dulce y ligeros purgantes, sin duda conforme al método del Dr. Torres, quien tal vez le mandaba dosis de su preparación secreta; el éxito había sido perfecto (95).

El haber estado José Ignacio de Torres, hacia 1750, en relaciones epistolares con Feijoo, que le encomia en el tomo IV de *Cartas eruditas* (96), y el haberle sido recomendado por el mismo Feijoo, serían los motivos de la admiración de Roche, además de un complejo de inferioridad de los ilustrados españoles, que le hace criticar la *desidia* de sus conciudadanos, lamentar el desprecio de los extranjeros y ensalzar como a un héroe a quien alcanzara algún renombre en el «teatro universal de las ciencias de París». Habiéndole comunicado Feijoo una disertación de Torres, publi-

(91 ter) «Introducción al verdadero método de curar», *ibid.*, p. 191.

(92) «Progresos», 2da parte, pp. 124-125.

(93) *Disertación médica moral*, p. 17.

(94) *Ibid.*, p. 9.

(95) «Introducción», pp. 232-233.

(96) C.e., IV, c. VII, núm. 24 (BAE, t. 56, p. 572 b).

cada en Francia, acerca de sus experiencias terapéuticas con el azogue, intentó traducirla, pero el viento le arrebató las hojas, que se perdieron en la noche. Se puso en relación con Torres, que le prometió mandar sus obras, pero tardó en hacerlo, y ahí se quedó ese proyecto literario (97).

Empresa común de Feijoo y Roche fue el intento de dar nueva publicidad al método de observación del pulso de Solano de Luque, a quien creyeron otra «gloria de España», probablemente porque el método era nuevo y fundado en la observación, y porque un médico inglés, Nihell había hecho un compendio de su obra, que se había traducido al francés y al latín. Solano no había sido bien acogido por el *Diario de los literatos*, a través de la exposición que había hecho de sus ideas su discípulo Gutiérrez de los Ríos en el *Idioma de la naturaleza* (Cádiz, 1736): «Parecerá increíble», comenta Roche, «este descuido o insensibilidad de los nuestros» (98). Feijoo censura la «desidia» de los españoles y su «negligencia» para con el «verdadero Colón de esta parte de la medicina» y Roche, lamentándose ante la «continua desgracia de los héroes de España», exclama en eco: «Si Colón hubiese sido compatriota nuestro, acaso jamás hubiera tenido efecto por los españoles el descubrimiento de Indias» (99). Por la exageración del pensamiento, suponemos que Roche se dejaría llevar por lo que la metáfora de Feijoo sugería a su imaginación. Feijoo había sabido de Solano de Luque por una carta de José Ignacio de Torres; le llegaría esta primera noticia entre 1750 ó 1753 y 1754, por lo que podemos colegir de la octava carta del tomo V de *Cartas eruditas*, en que lo refiere. Ya conocía Roche el *Lapis Lydos Apollinis*, que leía «con un gusto increíble»; le sorprendía ver que «en todo el Teatro no se hacía la menor mención del Doctor Luque», y no se atrevía a hablar de él a Feijoo, temiendo que lo despreciara. Conoció -suponemos que por el mismo Feijoo, a no ser que fuese por Sarmiento- la carta de Torres y la respuesta de Feijoo, hecho ya entusiasta partidario de Solano, hasta el punto de formar el proyecto -si no entendemos mal a Roche- de publicar un resumen de Nihell, con observaciones propias, le animó Feijoo a la empresa en una carta del 1º de octubre de 1758, que es la novena del tomo V de *Cartas eruditas*.

Alaba el aprobante, el Doctor D. Francisco González de León, el trabajo realizado por Roche: «Aún faltaba esta nueva ilustración, en que ha conseguido nuestro autor, comparado con el original, el extremo opuesto

(97) «Progresos» 1ra parte, pp. 68-69, 87-88. Publica Roche una carta de Torres a Feijoo (2 de noviembre de 1750), y otra dirigida a él mismo, agradeciendo el envío de su *Relación del terremoto* y aprobando su proyecto de traducción (30-XII-1755).

(98) Este libro no había tenido ningún éxito: «Por invendible habrá tres años que se arrojaron a las Indias más de seiscientos ejemplares», refiere Roche en el Prólogo de sus *Nuevas y raras observaciones*. V. tb. *Diario de los literatos*, t. II, extracto VIII, p. 166, según CASTAÑÓN, Jesús, *La crítica literaria en la prensa española del siglo XVIII (1700-1750)*, Taurus, Madrid, 1973, pp. 208, 246.

(99) C.e., V, c. IX, núm. 31, 47 y 10. *Nuevas y raras observaciones*, Prólogo, núm. 4.

de una claridad exquisita». Ya se lo decía Feijoo a Roche, preparando así su acogida por el público de los curiosos, al elogiar «la claridad con que Vmd. sabe exponer los asuntos a que dedica la pluma, notoria ya a todos en otros escritos anteriores que Vmd. produjo a la luz pública». «Este eruditísimo varón, aunque extranjero en la medicina», escribe más tarde Pedro Solano de Luque, «supo exponer la doctrina de mi padre con una perfecta aclaración y prolija distinción, que parece ser el propio inventor» (100). Observa un censor de su *Disertación médica-moral* «la clara solidez de su discurso, ...la modestía y urbanidad de estilo». La claridad correspondía al papel que, como escritor, quería desempeñar, siguiendo el ejemplo que le daba Feijoo: hacerse entender por un público formado fuera de las universidades, y provocar a sus lectores a la reflexión, dándoles la impresión de que a ellos les tocaba juzgar de su razón o su error. «Este ha sido mi mayor cuidado: no escribir cosas obscuras que alcancen pocos», explica, porque no intento que a mis razones se les dé más crédito que el que penetraren» (101). Esta modestia y este respeto al lector encierran al mismo tiempo una repulsa de lo que él llama «el método escolástico», es decir «que con un silogismo abreviase una larga persuasiva, que no hubiese omitido algunos argumentos de la materia, de la forma, de los accidentes», y además que se detuviese en etimologías y otras erudiciones pesadas (102). El querer persuadir lleva consigo el recurso a los artificios retóricos. Feijoo, cuyo estilo merecería un estudio detenido, no se desdeña de ellos. El fervor y la sinceridad de Roche dan a su estilo cierta espontaneidad que se compagina bien con el tono polémico de algunos escritos suyos («Digo ser la pluma de mi consocio rayo, cuando opone, que al filo de su discurso es dificultoso el quite, sin quedar de su pluma lastimado», observaba un aprobante de la *Disertación médica-moral*, D. Pedro de Silva, de la Real Sociedad de Sevilla); surge a veces un imperfecto de indicativo en proposición hipotética que da vivacidad a su prosa, pero esa espontaneidad se mezcla también de rebuscamiento, especialmente, por cierto, en las dedicatorias. Como a Feijoo, le gusta valerse en ocasiones de comparaciones o metáforas que se relacionan con sus aficiones científicas. El «corazón», en sentido moral, se convierte en un «músculo nobilísimo», que divierte al lector moderno (103). «¿Adónde el laboratorio de las etiquetas pueriles en donde se fraguan los discursos más ridículos?», exclama alabando la sencillez de la marquesa de San Saturnino, doña Josefa Cayetana Pardo y Moscoso, noble y culta dama, de El Ferrol, que suponemos fuese hija de doña Ana María Moscoso de Pardo, autora de un romance laudatorio dirigido a

(100) Observaciones sobre el pulso. *Obra postuma del Doctor Don Francisco SOLANO DE LUQUE*, 2da edición, Madrid, 1797. «Declaración previa».

(101) «Defensa del examen...», en *Fragmentos*, p. 301.

(102) «Prólogo apologético que podrá servir de introducción a la Defensa del Nuevo sistema...», núm. 18, en *Disertación...*

(103) *Nuevo sistema*, dedicatoria «A la Real Academia portopolitana».

Feijoo (104). «Cada planeta tiene sus horas», escribe a Sarmiento, «pero», añade luego, «siendo estrella de tan ínfima magnitud como me considero, no podrá ser vista sino de tal cual amigo astrónomo, que con ojos postizos llegue a columbrarla» (105). Pero casi llega a anticipar los viajes interplanetarios con cohetes de varios cuerpos al dedicar su *Fragmentos curiosos y eruditos* al cardenal de Solís, arzobispo de Sevilla: «En fin pude llegar, Eminentísimo Señor, a la alta Esfera de los Pies de Vuestra Eminencia, no sólo sustentando la gravedad de mi cuerpo en las regiones aéreas, sino también el de un Hijuelo, que ahora en la etérea región se desprende de mis hombros en la última grada de Vuestro Solio».

Otro capítulo de la actividad literaria de Juan Luis Roche sería el de sus relaciones con distintas academias: la Real, o Regia, Sociedad de Medicina y demás Ciencias de Sevilla, que le admitió como socio de erudición en 14 de mayo de 1755, la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, que le recibió como socio honorario en 14 de noviembre de 1755, la Academia Matritense de Nuestra Señora de la Esperanza, cuyas actas faltan para ese período, y la Academia de Oporto, que él llama Portopolitana, de la que también fue socio honorario. Esta denominación de «Portopolitana» hizo suponer a D. Hipólito Sancho que había sido Roche animador de una academia en Puerto de Santa María (106); entre los mismos contemporáneos de Roche hubo alguna confusión, que él deshace al publicar, con su *Disertación médica-moral*, un «Compendio de los estatutos de la Real Academia Portopolitana» y una lista de los socios españoles: así pretendía demostrar que existían sabios en España, aunque no publicasen, prefiriendo callar. Como informante de esta academia, consiguió que fuese Feijoo recibido como académico honorario. Fue, sí, de los que fundaron en 1787 la Sociedad Patriótica del Puerto de Santa María (107); ostentaba entonces el título de Tesorero de Caudales públicos. Pero no recayó en él ninguno de los empleos oficiales de la Sociedad. Su período de actividad literaria quedaba atrás. La última muestra que de ella conocemos fue la parte tocante a historia natural de una descripción del Puerto y su término, que se publicó a principios de 1771 en la *Descripción general de España*, que animaba Nifo (108). Le confió esta tarea el conde de Trigona, entonces gobernador del Puerto, que anteriormente le había encargado del inventario de los libros de la casa de jesuitas, después de su expulsión en 1767:

(104) *Disertación*, dedicatoria. El romance de D^a Ana María y la respuesta de Feijoo (26-II-1749) en *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos históricos y artísticos de Orense*, t. IX, 1932, pp. 324-328. Era vecina de D. Plácido Feijoo, hermano de Fr. Benito. Se debe leer Pardo, no Prado, seguramente. Sobre los marqueses de San Saturnino, ver AHN, Consejos suprimidos, leg. 5240, núm. 22. La marquesa acogió dos veces a Fr. Martín Sarmiento en El Ferrol, durante su segundo viaje a Galicia: cf. *Viaje a Galicia de fray Martín Sarmiento*, CEG, anejo III, CSIC, Santiago de Compostela, 1950, p. 82.

(105) *Cartas*, 9-XI-1749, f.º 110.

(106) SANCHO MAYL, Hipólito, *Historia del Puerto de Santa María*, Cádiz, 1943, pp. 489 y 507. Juiciosa semblanza de Roche, p. 508. No dice donde vio (p. 507) un folleto titulado *Actos literarios en todo género de erudición...*, que Roche publicó en 1770. Se decía correspondiente de sociedades de París y Londres.

(107) Archivo Histórico Nacional, Consejos, leg. 1082, núm. 1.

(108) La parte de ROCHE, en los núm. 53 (1-I-1771), pp. 11-15 y 54 (4-I-1771), pp. 17-21.

entre los inventarios que de los colegios de España se conservan en el Archivo Histórico Nacional, bien podría ser éste el más cuidado, como hecho por un hombre culto y conocedor de libros, cuando otros están plagados de errores, o no tan bien ordenados.

Anunciaba a Sarmiento, a principios de 1752, que iba a publicarse en Madrid, por la voluntad de un mecenas, un «papel» impreso poco tiempo antes, pero que no había tenido más de veinte lectores; desconocemos el título de este escrito que, contrariamente a lo que esperaba, no parece haber salido en la *Gaceta*, y a lo mejor ni se volvió a publicar. Antes de proponer sus demás escritos al público, los enseñó a varios sabios, y en primer lugar a Feijoo; pero quiso conseguir además la aprobación de las academias médicas, probablemente para precaverse de las reacciones de algún facultativo, celoso custode del campo acotado de su disciplina. Por eso sometió a su examen sus disertaciones médicas (109), siendo recompensado de su atento proceder por varios títulos de socio honorario o de erudición. Uno de los aprobantes de sus *Nuevas y raras observaciones para pronosticar las crisis por el pulso*, el Dr. González de León, de la Real Sociedad de Sevilla, deja ver la susceptibilidad de los médicos de profesión, aun cuando alaba en Roche «la ansia de adelantar la medicina, en que somos interesados todos, y en cuyo país han dado en introducirse, acaso por título de conquista, los curiosos de todas profesiones, y aun de ninguna...» El estar esos escritos en castellano provocaba recelos en los académicos, temerosos (si no era mera cláusula de estilo) de que se hiciese «su lección diaria, aún del delicado sexo», por lo menos tratándose de la disertación sobre los abortivos. Sin embargo, apreciarían en él un aliado frente a la medicina hipocrática de las universidades. «Con este ejemplar», escribe Buendía y Ponce, censor de la misma *Disertación*, «se evidencia la ninguna precisión a la asistencia en las aulas para la total comprensión de lo que hay que saber».

De no haberse producido el terremoto de 1755, esas disertaciones hubieran sido sus primeras publicaciones. El éxito de su *Relación* del terremoto, que tuvo dos ediciones, y las polémicas en torno al *Nuevo sistema* le dieron un lanzamiento, pero no sabemos cuál fue el éxito de sus tomos de *Fragmentos*, que habían de ser tres, pero no fueron más que dos, en cuarto, como las obras de Feijoo, a no ser que constituyesen el tercer volumen las *Nuevas y raras observaciones* sobre el pulso. El título de *Fragmentos curiosos y eruditos* no aparece en el primer volumen, «cuyo título podrán poner los curiosos mientras el autor no lo determina», como se indica en la «Tabla de los discursos impresos». En realidad, ya lo tenía

(109) En el Archivo de la Real Sociedad de Medicina y Ciencias de Sevilla, hoy Real Academia de Medicina, legajo 1754-55, tres cartas de Roche (5-IV, 7-V, 29-VI-1755) y el borrador de una respuesta de d. Francisco Buendía y Ponce a la primera de Roche, con las advertencias de la academia. V. tb. libro de juntas, 22-IV, 14-V, 18-XII-1755.

ideado al presentar a la Real Sociedad de Sevilla, en 29 de junio de 1755, un «tomo primero de Fragmentos curiosos y eruditos de algunos ingenios modernos» en el que venían incluidos, decía, «varios escritos familiares de nuestro consocio el Ilmo P. M. Feijoo de que yo he sido el único depositario»; no aparecen éstos en el volumen publicado en 1757, ni en el de 1758.

* * *

El ejemplo, la enseñanza y el apoyo de Feijoo habían sido factores determinantes en la realización de la vocación de escritor de Juan Luis Roche. A diferencia de un José María Blanco o, en el siglo siguiente, de un Benito Juárez, que pertenecieron a generaciones posteriores, Feijoo no fue para él punto de partida, sino de confluencia: su concordancia con Feijoo confirma sus intuiciones y es la garantía de que se ha sumado a la corriente renovadora. La devoción de Roche por Feijoo hubo de ser la de su generación de curiosos no universitarios, aficionados a la física moderna, entre los que fue de los más ingenuamente apasionados. Nos proporciona un ejemplo notable de la irradiación del pensamiento de Feijoo y de la existencia de círculos de admiradores y de propagandistas activos de su espíritu crítico y erudito, es decir, reflexivo y curioso. Es, pues, un testimonio del ensachamiento del público lector que intenta y realiza Feijoo. Lo es Roche como un elemento de este público, y además porque su propio público se había de constituir a partir del de Feijoo, porque el mismo Feijoo señalaba a su público los méritos del escritor Juan Luis Roche, y porque el mismo Roche, en sus escritos, se hacía el apologista de Feijoo. Con ese ensanchamiento del público letrado se relacionan las proclamas de Roche en pro de una laicización de la cultura y sus ataques contra el aristotelismo universitario, en el que se había fundado el cuasi-monopolio y seguía fundándose la hegemonía cultural del clero.

«La voz de aquel célebre Héroe desde Oviedo resuena en este sabio Erudito de Puerto de Santa María», proclamaba un censor del *Nuevo sistema*, el académico de Sevilla D. Francisco Buendía y Ponce, acreditando la figura de pequeño Feijoo de Baja Andalucía que parecen darle a Roche la forma y el contenido de sus publicaciones y, como escribía D. Hipólito Sancho, su «espíritu ansioso de ilustración, enemigo de las supersticiones de la época, amplio de criterio, estudioso y un tanto aficionado a discurrir por cuenta propia» (110). El mismo declaraba, con ingenio entusiasmo rayano en jactancia: «LA UNISONANCIA de ambos espíritus, sin embargo de la gran porción de tierra que nos separa, está tan ACORDE, como se demuestra en la uniformidad de pensamientos que nos ocupan a tiempos. Algunas veces lo tengo observado...» (111). El fervor fue

(110) Op. cit., p. 508.

(111) *Nuevo sistema*, dedicatoria.

parte, seguramente, para granjearle la simpatía de Feijoo y Sarmiento, así como del lector moderno que con curiosidad se adentra en sus escritos. Y además la vivacidad de la mente y del estilo, y una atención a su tiempo que se evidencia en su correspondencia así como en sus escritos, y que ha de proporcionarnos el objeto de otro estudio.

Destacaremos para terminar las palabras con las que se abre y aquellas con las que se cierra su «Examen» del supuesto milagro de Puerto de Santa María, dirigido a Feijoo: «V.S.I. es verdadero acreedor de los desengaños que logra el Vulgo, y la mayor parte de los Sabios de España. Razón será, pues, muy debida, comunicarle puntual los gloriosos progresos de sus bellísimas tareas, para que atroje el glorioso fruto de sus mieses...» Y terminaba: «A V.S.Rma. más que a otro le pertenece dar a luz estos desengaños, en loable servicio de la Iglesia y cumplimiento del objeto que se propuso en sus Obras» (112). Roche quiso ser de los que, como decía Feijoo, «se meten a desengañadores» (113). «Desármese así la preocupación común», declaraba, satisfecho de su lectura, el Dr. González de León, aprobante de la *Disertación médica-moral*. El mismo Roche, que en una ocasión se vale de la voz «ilustrar», y en alguna otra de «alumbrar», pretende «desalucinar a muchos» con sus escritos, y lamenta el que sea imposible «desimpresionar al vulgo ínfimo» de su temor a los cometas y de su fe en los astrólogos (114). En su «Examen de un raro fenómeno óptico», es decir su primera carta a Feijoo, en julio de 1747, refiere una anécdota curiosa y característica: «Estas poesías toleradas» —habla de los dichos y proverbios— «tienen un poder tan grande sobre el vulgo, y otras personas que no lo son, que es difícil persuadirlo. Acuérdomme que en la ciudad de La Coruña, estando hablando con unas señoras de distinción sobre la virtud magnética, me mandaron sacar el espadín para ver pendientes las agujas, por haberles dicho que con otros muchachos lo había tocado a la piedra imán. Estando en lo más riguroso de la experiencia, dijo una de ellas muy circunspecta;

«A la vista del diamante,
pierde la imán su virtud».

«Al punto que la oyeron, se quitaron los anillos y los acercaron a la punta del espadín, pero viendo que no se seguía el efecto imaginado, creyeron más bien que sus diamantes eran falsos, que no que mentía el poeta. ¡Tal es la propensión que ocasiona el deleite de una cuarteta bien o mal ordenada, con tal que la vean impresa y la encomienden a la memoria!» (115). Tres años más tarde, publicaba Feijoo su carta sobre la «Falibilidad de los adagios», la primera del tomo tercero de *Cartas eruditas*.

(112) *Fragmentos*, pp. 131 y 162.

(113) «Observaciones comunes», *T.c.u.*, t. V, disc. V, núm 2 (BAE, t. 56, p. 241b).

(114) De los sabios dice que «se están quemando las pestañas y la vida para alumbrarlos» (a los demás hombres), «Examen», p. 175; las dos citas siguientes: *ibid.*, pp. 150 y 137.

(115) *Ibid.*, pp. 177 y 178.

Murió Juan Luis Roche a fines del mes de abril de 1794, y se le enterró el día 27 en la Iglesia Mayor Prioral del Puerto de Santa María (116). Muy pocas huellas, o ninguna, ha dejado en las historias de la literatura. No lo incluye Sempere y Guarinos en su *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III* (1785-1789), y es cierto que la mayor parte de su producción se publicó durante el reinado de Fernando VI. Fuera de las aprobaciones y censuras de sus obras, y de alguna que otra alusión de Feijoo, resulta difícil encontrar juicios acerca de su obra. Ni siquiera en la *Gaceta de Madrid* se anunciaron sus libros. En la introducción del volumen de disertaciones académicas que publicó en 1764 la Real Academia de Porto, se contenta Manoel Gomes de Lima con designar a Roche como «autor de varias obras eruditas», y llamarlo «o nosso douto Academico» (117). Otro portugués, Moreira de Mendonça, en su *Historia universal dos terremotos*, aunque no aprueba el *Nuevo sistema*, se alaba de haber coincidido en la hipótesis eléctrica con «uns filosofos de tão grande nome, como o Sutilissimo Feijoo, e Eruditissimo Roche» (118). Con alegre sorpresa vimos mencionados sus *Fragmentos* de 1758 (entre las *Lecciones de matemática* del P. Cerdá y la *España sagrada* de Flórez) y encontramos su nombre (entre el de un «Don Lopez de Burrera» y el del P. Francisco Javiez Idiáquez) en las *Letters concerning the spanish nation* del Reverendo Edward Clarke; este viajero había estado en relaciones con Pérez Bayer, a quien había mandado Roche poco antes una noticia acerca de Sarmiento, para que la incluyese en la reedición de la *Bibliotheca hispana nova* de Nicolás Antonio (119), y no es imposible que hubiese tenido por él noticias de la actividad literaria en España (120). Intentando estudiar la irradiación de Sarmiento dentro del movimiento erudito español, encontramos a Juan Luis Roche y nos dejamos atraer por su personalidad; hemos querido entregar a los historiadores unas noticias de su vida, de su actividad literaria y de sus relaciones con el P. Feijoo.

(116) Iglesia Mayor, *Libro de defunciones* (libro 13, 1788-1796), f.º 239 v.º.

(117) *Diario Universal de Medicina, Cirugia, Pharmacia, etc.*, Lisboa, 1764, pp. 33 y 39-40. Señala «a sua douta Dissertação Del Lemitado poder dos abortivos» y el apéndice en que dio «uma noticia exacta» de los estatutos de la Academia.

(118) MOREIRA DE MENDONÇA, Joachim-Joseph, *Historia universal dos terremotos*, Lisboa, 1758, p. 186.

(119) «Al continuador de la Historia o Biblioteca de D. Nicolás Antonio le envíe copia de lo que V. Ram. apunta de su persona, y lo más que me pareció añadirle y dejó V. Rma. en el tintero» (Cartas, 20-I-1760, f.º 210 r.º. v.º).

(120) CLARKE, Edward, *Letters concerning the spanish nation, written at Madrid during the years 1760-1761*, London, 1763, pp. 74 y 78.